



COLECCIÓN EVOCACIONES / CUENTO

Misma sintonía y 24 cuentos más

Juan Guerrero Zorrilla

CULTURA *Fam*



Misma sintonía
y 24 cuentos más

Juan Guerrero Zorrilla



CULTURA
TAMAULIPAS

Misma sintonía y 24 cuentos más
© Juan Guerrero Zorrilla
Primera Edición 2019

ISBN 978-607-8452-44-6

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Lic. Sandra Luz García Guajardo
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Misma sintonía

Estaba en la fila en la caja del supermercado. Compré entre otras cosas, 10 latas de atún de una marca económica ahora en oferta, las usaba mamá para darle junto con las croquetas al perro de más de 12 años de la casa. Adelante, un matrimonio joven llevaba más de 60 latas iguales, además de galletas en oferta de dos paquetes por uno, fácil eran 80 paquetes. Pensé: “Voraces y tacaños, en meses no se surtirán, peligro se enfermen”.

Cuando escucho en la mente como si me dijeran al oído en voz baja: [No, no es así. Los conozco, están en un grupo de ayuda a zonas afectadas por sequías, huracanes o peor, cuando ocurre un derrumbe total de precios de lo que siembran].

Voltee al alrededor, nadie tan cerca de mí para decirme eso al oído, fila en ambas cajas adyacentes. Pensé: “¡Zas!, si es así, me disculpo y los apoyo”. Y otra vez en mi mente escuché: [Por mí quedas disculpado]. Salí confundido, al parecer habíamos puesto el pensamiento en la misma frecuencia, pero no supe con quién. En la rápida

mirada alrededor no percibí ninguna seña o indicio de los que estaban en esa área. Además por llegar ideas sin tonos de voz, no supe si era de hombre o mujer.

Días estuve meditando sobre el suceso, llegué a la conclusión que leyeron mi pensamiento porque concentré la idea. Cuántas veces salgo sin llevar algo fijo en mente, voy digamos en “automático”. Si esa persona que estuvo en la “misma sintonía”, me observara cuando juego ajedrez, tomo una decisión importante luego de analizarla por unos minutos, sabría lo que pienso.

¿Cuánta gente estará así en la misma frecuencia? Para contestarme yo mismo después: Casi nadie, si fuera común en programas de concurso, torneos de ajedrez, exámenes, etc. Se prestaría para hacer trampas, además, si fuera así ya se hubiera sabido, no faltaría un error u otro espía telepático echaría abajo la falta de ética.

En dos ocasiones más volví a la misma tienda temprano, en ambas compré dos o tres cosas, no había fila en la caja, se puede decir que no pensé y tampoco escuché una voz dentro de mí.

Dos meses después mamá enfermó, un sábado a media mañana fui con lista de mandado al mismo súper, había gente aunque no mucha, estaba escogiendo verduras. Volvía a mi mente la lectura de pensamiento y así como variantes en una posición de ajedrez, venían a mí la imagen de ¿cómo sería esa persona?

En caravana fueron apareciendo variados rostros y formas. Desde ser amigo de esa persona a otros que ni deseaba establecer contacto: rubia hermosa como de película, mecánico de cabello esponjado y lleno de tatuajes (como

los de la televisión), andrógino extraño, tipo mal encarado con aretes, muchacha guapa de cabello negro, una bruja fea, drogadicto vicioso, monje budista... Cuando escucho dentro de mí.

—[Jajaja, ¿qué no puedes pensar en alguien normal?].

Aunque hay gente alrededor, ese casi regaño hace que ría solo en voz alta, varios me ven extrañados. Con timidez respondo.

—“Es para mí más fácil pensar bonito-feo, buenomalo, además influencia de televisión. ¿Estás aquí?”.

—[Sí, te estoy observando, no soy la bruja fea, pero tampoco Blanca Nieves].

Con ese dato comprendí que era una mujer, volteo tratando de descubrirla, entre tantas, no supe. Pensé, tal vez mi obsesión hace conversaciones telepáticas imaginarias. Unos momentos de silencio en mi mente.

—[No es imaginación, la conversación fue real. Mira, para hacerlo de emoción, no te muevas, iré hacia ti, cuando esté cerca te diré que voltees].

—“Bien, iré a una orilla para no estorbar, cerraré los ojos para concentrarme como si fuera una jugada decisiva y estar pendiente de tu mensaje”.

Me quedé quieto al lado del carrito de mandado, con los ojos cerrados, esperando su comunicación. Cuando me tocan el brazo y dicen.

—Julio, ¿estás bien?

Un amigo, al verme así, creyó estaba enfermo. Desorientado, alcancé a decir.

—Sí, gracias, estaba recordando unas cosas que compraría, método que vi en internet.

Se fue, no me moví, otra vez cerré los ojos.

—“Me sabotearon la concentración, listo para captarte, espero seas real y pueda verte en tercera dimensión”.

—[Soy totalmente real, me veras en 3D, colores y sonido no estereofónico. Espero no desilusionarte, con eso de que piensas muy bonito o feo. No soy Marvila o Superniña].

—“Jajaja, no te burles, yo tampoco soy un superhéroe”.

Los momentos siguientes se me hicieron largos, de pronto el mensaje.

—[Listo, ya puedes voltear].

Emocionado di media vuelta aún con los ojos cerrados y los abrí. Allí estaba ella.

—[Hola —al momento que sonreía— gusto en conocerte].

—“Eres linda, no te imaginaba así”.

Los dos nos miramos en silencio, casi de mi altura, esbelta, blusa verde pálido, falda amplia mismo color, labios rojos. La vi hermosa, una blanca nieves con anteojos de aro plástico negro. Todo eso lo pensé rápido, para que ella no supiera. Luego sin querer me concentré, no pude evitarlo.

—“Waw, ¡qué niña!, cómo me gustaría ser su amigo”.

—Waw, ¡qué joven!, cómo me gustaría ser su amiga.

Por primera vez escuchaba su agradable voz, ante esa sorpresa tan simpática, no pude más que reír, ella también, pensé.

—“Debemos estrechar las manos como compromiso de amistad, aunque tengo miedo se termine el encantamiento telepático si nos tocamos”.

—[No creo pase nada].

Estiró su mano, yo con timidez y miedo lo hice. Nos saludamos.

—[Seguimos en contacto].

—“¡Qué bien!, quedó intacta la telepatía”.

Aún tomado de su mano, dije.

—Soy Julio, es fantástico haberte conocido.

—Soy Yolanda, primera vez que conozco alguien así.

Optamos por terminar cada quien las compras, en ese lapso nos comunicábamos telepáticamente. Cosa curiosa, si nos alejábamos más de 25 metros, se iba perdiendo la sintonía. Propuse tomar un café en el restaurancito que hay ahí dentro o ir a otro sitio.

—[Me encantaría, pero tengo que llevar las compras, ya no hay qué comer en casa].

Intercambiamos teléfonos antes de ir a la caja, luego la acompañé a su automóvil.

—“Zas, ¡qué carrazo tienes!”

—[Jajaja, es de mi papá, me lo prestó].

Nos despedimos de mano, pensé rápidamente, sin intención que me leyera mi mente.

—“Waw, día inolvidable en mi vida. Cómo me gustaría fuera mi novia”.

Con su agradable voz dijo.

—Waw, ¿no crees que vamos muy rápido?, apenas nos acabamos de conocer.

—“Perdona me haya acelerado, pero eres muy bonita y simpática”.

Sonrió, subió al carrazo, le ayudé a cerrar la puerta, ya para partir envió mensaje.

—[Gracias por verme como una blanca nieves].

Al momento, en un movimiento rápido, se quitó y volvió a ponerse los anteojos. Solté la carcajada, por más que quisiera ocultar mis pensamientos, ella los leía. Un ademán de adiós y se fue. Quedé anonadado. En tal forma, que al llegar a casa, le mandé un mensaje al teléfono móvil: Aún impresionado por el encuentro, ni en mis noches de insomnio pensé conocer a una chica tan linda y simpática, con deseos de volver a verte. Media hora después, llegó la respuesta: Ni en sueños pensé conocer alguien por telepatía y pensara bonito-feo. Mañana tengo tarde libre, podríamos vernos, ¿sí lo deseas?

Nuestra primera cita fue un éxito, éramos similares en educación, gustos e ideas. Semanas después fuimos novios. Cuando salíamos en pareja con amigos, se impresionaban los demás de lo bien que nos llevábamos. En comidas de bufete se asombran que ya sea ella o yo, al levantarnos traigamos el platillo y la proporción precisa a la pareja.

Nuestra telepatía no la hemos comentado con otros. Ni hecho algún espectáculo psíquico de adivinar signos. Es algo nuestro con lo que nos ayudamos.

Cuando le comento que mi pensamiento lo lee fácilmente, soy como una postal; ella es como correspondencia de primera clase, tengo que abrir el sobre para ver el contenido o tal vez vaya en “automático” gran parte del tiempo. Su respuesta es una sonrisa.

Dos años después nos casamos, llegaron dos hijos. Con el tiempo el único cambio es si nos alejamos uno del otro 20 metros de distancia la sintonía es con mucha “estática”. Por lo demás, sigue igual.

Calma chicha

Había sufrido un accidente, estaba en depresión, además por recomendaciones del médico no debo hacer esfuerzos con el brazo izquierdo. Deseaba tranquilidad, así es que aproveché la oferta de un amigo de irme a su rancho por un mes y terminar unos escritos. Lejos de la ciudad descansaría de pendientes y visitas.

Había estado hace tiempo allí, aunque ahora el lugar lucía muy diferente, la sequía de varios años lo había hecho casi un lugar desolado. Aún corría un raquíptico arroyo a unos 30 metros de la casa. No había ganado, el tractor descansaba en el granero.

La casa de dos recámaras contaba con comodidades, un refrigerador de gas, agua caliente por energía solar. Un tinaco en el techo de 800 litros, alimentado por un papalote (molino de viento), se surtía de una noria de 10 metros de profundidad. Me aconsejó poner el freno al papalote en caso de fuertes vientos, aunque no es la época. Aprovechando mi estancia, el cuidador del rancho saldría de vacaciones, volvería al irme yo.

Abastecido de latas, galletas y refrigerador repleto, me quedé en aquella soledad, a unos 30 kilómetros del camino pavimentado más cercano. Vi alejarse la camioneta de mi amigo que volvería en unos 35 días. Quedándome con la compañía de una máquina portátil de escribir, hojas, corrector de tinta, todo al viejo estilo. Dotación de libros incluyendo de ajedrez, diccionarios y un radio por si deseaba saber algo del mundo.

Mi amigo tenía predilección por las campanitas que suenan con el viento, por los cuatro costados de la casa había campanitas, además dos en el corredor y otras en los árboles cercanos. Pronto me acostumbré a su sonido agradable, aún con viento constante dormía plácidamente. Si las primeras noches el aullido de coyotes me causó temor, luego me acostumbré.

A los cinco días, en aquella tranquilidad ya me sentía mejor, ni el radio había prendido. Escribía a buen ritmo. Al amanecer daba una caminata, atardeciendo estudiaba ajedrez para luego dormir. No había vientos fuertes que obligaran a frenar el papalote.

Absorto por el trabajo y demás distracciones ni cuenta me di de las campanitas, que con discreción fueron silenciándose.

Una mañana noté una excesiva baja presión cuando me bañaba, en ese instante me di cuenta que sin viento no habría agua. De ahí en adelante traté de cuidar al máximo el agua. Así como en siglos pasados a los barcos de vela los castigaba la calma chicha, ahora era a mí.

Una madrugada me despertó el alegre sonido de las campanitas, hasta salí al patio con linterna en mano, pero

el viento fue a nivel del suelo y duró poco, ni movieron las aspas situadas a 8 metros.

En temporada de los fuertes vientos y tolveneras, para evitar se ensuciara la noria, se había colocado una tapa de concreto en dos partes, demasiado pesadas para mover cualquiera de ellas con un solo brazo, ante eso, no tenía oportunidad con un balde y sogas obtener agua.

Pronto me quedé sin agua para beber. El depósito del excusado no era opción, le habían colocado una pastilla desinfectante y desodorante azul. El arroyo se había secado, busqué en lugares adecuados como dicen los manuales de supervivencia o sale en las películas, caminé más de 100 metros siguiendo su cauce escarbando en varios sitios, pero ni humedad encontré. La casa de la persona que cuidaba, situada a unos 40 metros, se abastecía también del papalote, al parecer hubo una fuga por el baño, el tinaco de 600 litros estaba vacío.

En el día la temperatura llegaba a 40 grados centígrados. Con la esperanza de que pronto llegaría el viento, tomaba el líquido de las latas donde venían: champiñones, frijoles, ejotes, maíz, etc. Había unos salados, dejaban dañado el paladar y labios.

Luego de cuatro días así, tomé la decisión de caminar los 30 kilómetros hasta la carretera pavimentada, donde pasaban autobuses. Sudoroso, maloliente, con una cantimplora casi llena de jugo de piña (la última lata) y sombrero, emprendí la caminata apenas amaneciendo. Los primeros 4 ó 5 kilómetros fueron “cómodos” por caminar sobre tierra, luego el terreno era sumamente pedregoso,

aun donde estaba la leve huella del rodado de vehículos, era un suplicio andar.

Llegué a un vado de un arroyo seco, y no era ni la mitad del recorrido. El sol castigaba, cuando sentí el viento constante en la espalda. Opté por volver a casa, seguro habría agua ahora. Un esfuerzo e incomodidad caminar contra el viento, aún con los anteojos de sol, tenía que parar a descansar, librarme aunque fuera unos minutos del molesto polvo en ojos, nariz y oídos.

Cerca de las 14:00 agotado volvía a la casa. Las aspas giraban rápido (olvidé frenar el aparato), el chorro que salía del tinaco indicaban se había llenado corrí hacia él y bebí, me supo riquísima, detuve el girar del papalote. Afortunadamente dejé cerrada la casa y no entró polvo en exceso.

Uf, ¡qué alegría! Asearme bajo la regadera, ver como salía lodo del cuerpo y cabello. Luego cenar una sopa. Toda la noche sonaron las campanitas, hasta cobertor usé, bajó la temperatura.

Días después al mediodía llegaron dos vehículos, en uno mi amigo con dos compañeros, en el otro la persona que cuidaba. Luego de saludarnos con mucho afecto, la pregunta obligada.

—¿Cómo la pasaste?, ¿algún problema?

Pasaron por mi mente los momentos de sed, amargos, sudorosos y angustiados. La penosa huida interrumpida; tal vez la contaría dentro de un año en un cuarto, con la luz apagada.

—No, ninguno. Estuve muy contento.

Casi a coro, los visitantes exclamaron.

—Te ves muy bien.

Claro, bañado, rasurado, con loción, además de comer y beber el agua que deseara. Solo sonreí con sinceridad. Los buenos y malos momentos me hicieron salir de la depresión, el brazo sanó y veo la existencia mucho más positiva.

Desaparecidos

Como película de terror, una gran corporación relacionada con investigación médica y de armas, en buenas relaciones con las Fuerzas Armadas, necesitaba gente para experimentar. Difícil de conseguir, ¿quién se presta para algo así?

El país entró en época de violencia. Luchas de pandillas, asaltos, extorsiones, proliferación de negocios ilegales, corrupción, secuestros y desaparecidos. La lucha contra el crimen se perdía, mes a mes aumentaban las zonas que no controlaban la autoridad. Las fuerzas del orden maniataadas por organismos internacionales, derechos humanos, prensa y demás protectores de la sociedad. Esta situación acababa ayudando a la delincuencia.

El laboratorio necesitaba gente entre un rango de 15 a 40 años. Se ideó un plan al parecer bastante seguro de obtener cooperadores. En una ciudad azotada por el crimen, muchos barrios habían venido a menos por la violencia, gran oferta de casas de renta. Se ubicó una apropiada, con garaje doble cerrado, se pintó. Llegaron nuevos inquilinos una pareja de más de 60 años. Él se ayudaba

de bastón, ella de movimientos lentos. Por su atuendo y vehículos se veían personas sin problema económico, una mujer iba tres veces a la semana a ayudarlos. De las pocas casas en el barrio que no tenía un perro, una tentación para ser asaltados.

A la semana, un grupo de seis jóvenes entraron pasadas las 23:10, forzaron una ventana que daba al jardín. Lo que parecía un trabajo fácil y divertido se convirtió en pesadilla para los visitantes. Al entrar fueron rociados por un gas, en segundos sus movimientos fueron lentos. Dos tipos protegidos por máscaras derribaron a los sujetos, amarrados con las manos en la espalda, la boca con cinta pegajosa. Veinte minutos después atolondrados y mansamente por su propio pie fueron llevados al garaje, subidos en una pequeña Van. Luego salió de la casa con su carga en el piso, cubierta con una manta.

Esta operación se repitió en otras tres ocasiones sin dificultad, en total se habían obtenido 15 “involuntarios” para experimentos, fue un éxito, nadie preguntó dónde estaban esos jóvenes. La alegría del barrio por su ausencia incluyó a violentos competidores y gente pacífica.

El matrimonio seguía su vida normal, no tardaron en visitarlos tres individuos, esos intentaron otro truco, entrar al mediodía haciéndose pasar por electricistas que los habían llamado, abrió la mujer, violentamente entraron dando un empujón a la puerta. Lo que no sabían era que sus intenciones fueron observadas por televisión y los esperaba un paracaidista de las fuerzas especiales que cubría turno de la mañana, pronto fueron sometidos, el viejo con

su bastón ayudó alegremente. Media hora después vino un joven por la Van.

Días después surgió una complicación, uno de los atrapado en la última “recolección” es sobrino en primer grado del Presidente Municipal, al parecer socio de él en ciertos negocios. Un cómplice los esperó afuera a dos cuadras por más de dos horas, nunca salieron pero vio alejarse a la Van. Policías municipales fueron a investigar la casa, no encontraron nada extraño. El testigo, a la vez pariente de otro político presionaba. ¿Qué hacer?

Se consultó al jefe de seguridad de la gran corporación.

—Tengo la persona indicada para resolver ese problema.

No se publicaba en medios locales sobre asesinatos, secuestros y desaparecidos, por razones de investigación, según decían. Ese hueco se cubría con información amplia de accidentes de todo tipo, el tráfico era el pan de cada día.

Cuando el cómplice que seguía presionando sobre la desaparición de su banda sufrió un percance fatal en su automóvil, al desbarrancarse más de 30 metros en una curva, luego de estar bebiendo con amigos ocasionales. Se dio amplia información.

En una reunión de la gran corporación se informó.

—Seguimos necesitando más gente. Creemos que ese lugar ya cubrió su cuota y no lo queremos exprimir más. Ya localizamos un barrio ideal en otra ciudad conflictiva, rentamos una casa. El viejo y su mujer desean seguir cooperando con la ciencia. Los hemos vuelto a contratar.

Las pinturas

Lucrecia, mi amiga, pertenece una familia conservadora, entendiendo esto por guardar un estilo de vida tradicional la mayoría de sus miembros, además muy unidos.

Con tristeza me informó, que la vieja casa donde habían vivido sus tatarabuelos sería demolida por el paso de una autopista, agradecería si podía acompañarla por algunas cosas. Es licenciada en arte, además dibuja muy bien; por saber apreciar la belleza; los tíos, primos y hermanos estuvieron de acuerdo en darle una serie de pinturas de la tía María Ignacia, hechos antes de 1890. Día de dolor y nostalgia cuando los familiares se reunieron para desmantelar la residencia. El mundo cambió, ya nadie poseía una casa grande para poder guardar tantas cosas. Vi muchos rostros con los ojos llorosos cuando se iban repartiendo los objetos, objetos que habían estado juntos por más de un siglo e irían a diferentes ciudades.

Fuimos en mi camioneta, ahí fueron colocadas numerosas pinturas envueltas en tela, álbumes de bocetos; todos cubiertos por polvo. Una antigua máquina Singer

de coser en perfecto estado, un perchero, buró, espejo, plancha de carbón y algunas otras cosas, al terminar de acomodar puse una lona encima, amenazaba lluvia. En el amplio patio, que era caballeriza en el siglo antepasado, había hasta camiones de mudanzas.

Conforme se iban cargando los vehículos, se despedían los familiares, yo lo hice como si fuera uno de ellos. Lucrecia es un alma sensible, al momento de partir (tres y media de la tarde), de aquella casa donde pasó vacaciones con abuelitos y primos, exclamó.

—Terminó toda una época.

Soltó el llanto de tal forma que detuve la camioneta por unos minutos, se recuperó y partimos a su casa, distante 200 kilómetros. Llovió parte del camino.

Su casa tiene tres amplios garajes, en uno bajamos todo. Al despedirme, quedó luego de limpiar los cuadros de mostrármelos. Mi gesto me delató que no soy fan de ver pinturas de jarrones, frutas y flores de hace más cien años. Agregó.

—Bueno, si tú quieres date una vuelta.

Dos semanas después, una mañana me llamó, noté una emoción en su voz.

—Un favor, quisiera que vinieras a ver unos cuadros, ¡impactantes!

Ese día en la tarde, estaba en su casa.

—Me alegro estés aquí, estoy asustada. Mi tía acostumbraba a sus obras, incluyendo bocetos, firmarlos con María Ignacia, a continuación ponía el año; algo nada común, menos en aquellos tiempos. Fui desempacando uno a uno, sacudiéndolos y ordenándolos por fecha. Casi todos

están en muy buenas condiciones. Son 50 lienzos, te mostraré el 47, hecho en 1889.

Estaban todos debidamente ordenados en forma vertical, una etiqueta sobresalía con su número. Me mostró la pintura. Era la Tierra, como se ve en esas fotografías tomadas desde el espacio, color azul y con nubes. Que yo sepa, nadie pintaba eso en el siglo antepasado. Dije.

—¿Es una broma?

—Es de ella, únicamente quité el polvo.

Me mostró varias, no sé mucho de eso, pero todas tenían el sello de su estilo. Luego, tomó un álbum (ahora, ya limpio y sin polvo). Me indicó me sentara y sobre la mesa lo colocó. Dijo.

—Son 38 bocetos, algunos fueron después desarrollados en pinturas. Fue mostrándome uno a uno. Había tres bocetos, muy bien definidos de la Tierra vista del espacio. Todos con sus fechas. Al llegar al penúltimo y antes de mostrármelo exclamó.

—¡Aunque Usted No lo Crea!

Ante mí, un dibujo bien detallado, dónde se mostraba una serie de personas en la amplia sala, llevándose objetos y entre ellas algo sorprendente, una joven vista de perfil sosteniendo unos cuadros; se podría decir que era la misma Lucrecia. La última página del álbum era el amplio patio de las caballerizas, mostraba los vehículos bastante reconocibles, tal como estaban estacionados cuando fuimos por las antigüedades. Como ella dibuja muy bien, con timidez agregué.

—¿Tú lo hiciste?

—No, no, para nada. Imagínate, tú que me conoces, piensas que yo los hice. ¿Quién podrá creer esta historia? Donde al parecer María Ignacia, en ciertos momentos viajó por el tiempo.

Aún sorprendido agregué.

—Lucrecia, yo te creo.

Juguetes

Esperaba en un restaurante a una chica, ayer me habló y quedamos de vernos. Había leído un reportaje con fotografías sobre mí en una revista. Llegó, de unos veintitantos años, bonita, blanca, ojos café, su cabello castaño llegaba a los hombros, esbelta, no muy alta. Con su agradable vocecita me dijo.

—Hola, soy Leonor Nanay Rodríguez.

Al escuchar ese nombre poco común, agregué.

—Como el río...

—Sí, como el del Amazonas. Me puede decir Nanay, así me conoce medio mundo. Agradezco haya aceptado esta cita, traigo una duda que se me ha hecho como una obsesión, hace que me despierte en la madrugada. A los poquísimos que he contado sobre esto, me ponen una cara como diciendo: ¿de qué me hablas? Creo que usted puede ayudarme, me encantó la entrevista sobre su colección de juguetes. Yo también soy aficionada a esa temática, soy diseñadora gráfica, aprecio belleza y calidad.

—¿Cuál es la duda que la angustia?

—Hace dos años, un conocido me dijo que se iría para siempre, le caía yo muy bien, me daría unos regalos para mi pequeñísima colección en ese tiempo. Días después llegó a mi casa con tres cajas medianas de cartón. Adentro, más de 20 juguetes, muchos en su empaque original. Para no cansarlo le diré nombres de fabricantes, había: Mattel y Fisher Price. Ocho automóviles escala 1:18 de: Signature, Sun Star, Schuco, Bburago. Tres cajas de automóviles para armar 1:25 sin abrir de Monograma, Tamiya y Revell.

Hizo una pausa, exclamé automáticamente.

—¡Qué regalazo! Un tesoro.

—Incluía además dos sorpresas ¡impresionantes! No he podido averiguar dónde los hicieron, los he buscado por internet, visitado portales de museos de juguete, escrito cartas, enviado fotografías, ni un dato he obtenido. Me ha obsesionado ese asunto. Desearía me ayudara a encontrar el fabricante y su nacionalidad.

—Encantado, ¿cuándo me mostrará los juguetes misteriosos?

—En este momento traigo uno.

De un maletincito, junto a su bolsa (del cual no me había dado cuenta), sacó una bolsita de franela amarilla, luego me la dio. La abrí con cuidado, tomé el objeto. Era lo más extraño que hubiera visto, de unos 30 centímetros de largo. Agregó.

—Como podrá ver, está diseñado como juguete no una réplica a escala, pero similar en proporciones a un vehículo al parecer real. ¡Pero qué calidad!

Tomé aquel objeto, color anaranjado intenso. Se notaba robusto. Su cabina semejaba un automóvil de dos

puertas y ventanas color claro, venían estampadas, muy bien delineadas, llantas grises. Lo extraño es que tenía dos ruedas, la de adelante se puede girar con la mano y dejarla en la posición que uno quiera, la trasera es fija. Ella me explicó.

—Tiene dos mecanismos, uno de cuerda, que impulsa la rueda trasera —al tiempo que me mostraba una llave que se introducía en un orificio—, el otro es un giroscopio, que se activa con esto —del maletincito sacó una manivela y me la dio—, por favor, examínelo, es como si fuera hecho para algo industrial, y no para un juguete. Sus llantas de un material hecho para durar, además se nota que es nuevo. Que yo sepa, hace años se dejaron de fabricar de cuerda.

Observé la manija en forma de L, su resistente material. Se introducía en un orificio bajo el juguete, por su forma en ángulo enchufaba fácilmente, dijo:

—Pruébelo.

Le di vueltas, el mango al parecer estaba acoplado con baleros, con toda comodidad lo hacía girar. Luego, como un trompo, lo puse sobre la mesa. En silencio quedó detenido en sus dos ruedas, lo traté de inclinar y volvía a su posición vertical. Observé la manivela.

—Ni General Motors en el siglo pasado hacía las manijas de puertas y ventanas con esta calidad.

Un rato más, empezaba a tambalearse, antes que terminara el impulso lo tomé, busqué el nombre del fabricante. Eran letras desconocidas. Ella dijo.

—He intentado identificarlas, pero no he logrado. No creo que lo hayan hecho para una broma, sería muy

costoso y laborioso. El joven que me dio esto era de pocas palabras, con cierto acento extranjero.

Al día siguiente visité el hogar de Nanay. Su colección muy bien puesta e interesante, comentándome que tenía dificultades con su mamá por sus juguetes. Le dije que es mi caso, la mía también me presiona.

Me mostró el otro juguete, similar en tamaño, peso, llantas para durar muchos años y calidad. Color azul claro, vehículo de tres ruedas, dos adelante pudiendo girarlas como uno deseé, con ¡cuatro puertas!, muy bien delineadas al igual que ventanas y parabrisas. De cuerda, corre rápido (lo probamos). Según deduje por las “letras y logotipo” debajo de ellos, hechos por la misma fábrica.

—Estimada Nanay, hasta donde yo sé nunca en algún país, se han hecho vehículos así, de tres ruedas y cuatro puertas para pasajeros. ¡Sería insólito ver uno a escala 1:1!

Rio y agregó.

—Ni en mis noches de insomnio había pensado en eso.

Así como en el juego infantil de la roña; “ahora la traes tú”, Nanay (que es ya mi novia), me contó que duerme plácidamente toda la noche. La angustia me la pasó y me levanto en la madrugada obsesionado por el origen de esos juguetes. Pienso los hicieron en un lejano mundo, para niños o adultos que saben apreciar la calidad y belleza, ¡cuántas otras maravillas no tendrán! ¿Pero, cómo llegaron aquí?

Soñoliento y cansado por noches de mal dormir, le propuse a Nanay, contarle sobre esto a otra persona interesada en juguetes y pasarle la “roña” de despertarse en la madrugada.

—¿Pero a quién le interesa el tema de juguetes?

—Tengo un amigo, Juan Guerrero y le gustan los juguetes, aunque tiene pocos.

—¿El escritor?

—Sí, a ver que puede averiguar sobre este misterio.

—Aunque no lo conozco, me remordería la conciencia le pasaras la “roña”.

—No te preocupes, escribe variados temas, creo difícil agarre la obsesión como nosotros. Mañana iremos a verlo, y espero pueda yo volver a dormir tranquilo.

Baja intensidad

Hasta la edad de 25 años, nunca había tenido alguna habilidad o poder especial que me hiciera destacara en alguna actividad.

Una tarde revisando varios documentos sobre la mesa del comedor, una ficha de depósito bancario quedó fuera de mi alcance, por más que estiré la mano me faltaban unos siete centímetros. Deseé viniera hacia mí, como algo insólito, se movió esa distancia y pude tomarlo. Pensé había sido el viento.

Al día siguiente, ya sin ninguna necesidad, intenté atraer hacia mí la mitad de un pañuelo desechable, para mi sorpresa éste se movió. De allí en adelante empecé a practicar el movimiento de objetos por telequinesis.

Mi habilidad mejoró, hasta levantaba una hoja tamaño carta por breves momentos. No podía prolongar mucho ese truco, pues me cansaba, pero era un avance. Un clip en una superficie lisa, lograba moverlo.

Ante la baja intensidad de mi telequinesis, quedaba descartada la posibilidad de viajar a Las Vegas, ayudar a

la esfera de acero de la ruleta a obtener jugosos premios o ir al campeonato abierto de golf y ganar un buen lugar.

Opté por no comentar sobre mi habilidad, no quería ser objeto de burlas, si en una reunión me decían mueve algo y no podía. Había días que por cansancio o afectado por algún alimento, carecía de esa habilidad.

Un día comimos en un restaurante mi novia Julia y nuestra amiga Marcela, al salir fuimos a casa de ella a ver unas películas, al llegar exclamó.

—No puedo abrir la puerta, sin duda mi hermana puso el seguro extra, no traigo esa llave.

Había estado anteriormente ahí. Tenía una chapa de seguridad, del tipo que abre y cierra por fuera con llave, por dentro manualmente por medio de una palanca. A punto de irnos por cambio de planes, dije.

—Esperen, dejen que trate por dos minutos de abrir el seguro.

Me echaron una mirada como diciendo: ¿cuándo has hecho eso? Con sumo cuidado traté de poner la puerta evitando que el pasador no tuviera fricción en el hueco donde estaba. Luego de varios intentos a oído, lo logré empujando la puerta hacia fuera jalando la manija y deteniéndola con el zapato. Me concentré e imaginariamente giré la mariposa. En aquel silencio, se oyó un quedo “click”.

¡Qué satisfacción empujar la puerta y entrar! Quedando asombradas Julia y Marcela. Por fin había usado mi poder en algo útil.

Pasaron los meses, seguía practicando. Ahora casi siempre que deseaba lo podía efectuar por unos momentos, logré subir la intensidad y distancia a cuatro metros.

Un amigo me invitó a ver un edificio que estaban construyendo. Acepté con gusto para el día siguiente.

Situado en un complejo industrial, a 6 kilómetros de la ciudad. Salimos los ocho visitantes en una Van grande a media mañana. Más adelante fue obligado el chofer a detenerse, fuimos secuestrados incluyendo al chofer por unos diez tipos encapuchados, armados con fusiles de asalto y llevados a la caja cerrada de un camión, sin ventanas. Sentados en el suelo, amenazados de muerte si hacíamos ruido, no supimos ni a dónde íbamos. Luego bajados en una gran bodega, al parecer abandonada, por lo oxidado de la estructura metálica; rodeados de cajas muy grandes de madera. En el techo una ventana opaca, filtraba luz suficiente para ver alrededor.

Amarrado de manos al frente, los nueve estábamos sentados en sillas, esperábamos en silencio. Nos dijeron que tan pronto pagara la compañía cuantioso rescate, nos librarían. Tres horas después, gran actividad, escuché claramente en aquel silencio, cuando un tipo dijo a otro.

—Llegaron la Fuerzas Especiales están a 30 metros.

Aun dando un grito, no creo nos escucharían, el sonido lo amortiguarían las cajas. La situación era muy tensa, en voz baja nos advirtieron que al menor ruido nos matarían con cuchillo.

El que parecía el jefe, apareció frente a nosotros. Era el único que vi sin fusil de asalto, aunque traía dos pistolas al cinto y varios cargadores.

Casi no sé de armas, pero el “jefe” traía una pistola al parecer con cartucho cortado y puesto el seguro. Pensé: “Si logro desactivar el seguro, podré oprimir el gatillo”.

Pasó casi frente a mí. Tuve suerte, logré deslizar la pestaña, afortunadamente la funda lo permitía.

Escuché en voz baja que un tipo llegó a informar.
—Ya se retiran.

Me concentré, oprimí el gatillo. El disparo sonó muy fuerte, fue una sorpresa total, el hombre cayó al suelo, sangraba de una pierna. Dos cómplices lo ayudaron a ponerse de pie y se lo llevaron. Todos estábamos quietos, uno de ellos dijo: “vienen para acá”. Con sigilo desaparecieron nuestros captores. Momentos después escuchábamos balaceras, gritos, luego silencio. ¡Qué alegría!, cuando aparecieron las Fuerzas Especiales. Tuvimos suerte, fuimos rescatados sin lesiones. Mi don salvó a todos, en la confusión nadie sospechó que yo fui el causante del disparo ni lo di a conocer. Seguiré practicando mi poder y espero poder aumentarlo.

Inverosímil

Me enteré por mi amigo Guillermo que José, su primo, había sufrido una abducción en un lugar solitario, no le gusta hablar de esa experiencia pero lo comentó con un familiar y luego se esparció el rumor. Guillermo lo estimaba mucho aunque no creía en ese suceso. Yo pocas veces había hablado con José.

Cuatro meses después de la supuesta abducción, coincidimos en una visita que hice a Guillermo. Reunión agradable, claro, no se comentó de eso, ni algún tema similar. Se habló de vehículos, tema que nos interesó a todos, al contarnos José los problemas que tenía al estar restaurando un Studebacker 1951, nos invitó a su casa para que viéramos los avances. De allí en adelante nos veíamos con frecuencia.

Al paso de los meses me dijo un día.

—Sin duda has de saber sobre mi abducción, gracias por no preguntarme nada, he sido objeto de burlas, pero fue real. Me propuse no volver a hablar del tema, pero en los tres días que duré en la nave, escuché una música que

repetían continuamente a poco volumen, no molestaba, es más, era agradable, no soy bueno para recordar sonos y arreglos musicales, para tararearlo. Pero hace unos días, volví a escuchar esa tonada.

Inmediatamente pensé: ¡Zas!, ha descubierto a un extraterrestre cantando, buen tema de película de Ciencia Ficción.

—¿La cantaban?, o la producía un instrumento musical.

Tardó unos segundos en contestar, y agregó

—Esa tonada la cantan algunos pájaros, no todas las aves, sobre todo aquellas especies que imitan sonidos o hasta hablan; estoy impresionado, no sé el significado. Espero que no comentes a nadie esto, pensarán que estoy loco, pero antes no cantaban así.

Un rato más me despedí. Al ir a casa pensé: No se midió, una historia que ni a película llega, está para programa de televisión de cuarta clase.

Tres semanas después, al salir del banco a media mañana me encuentro a Jorge, amigo de la infancia y ornitólogo, nos fuimos a tomar un café. Luego de una buena plática, ya para despedirnos, dice.

—Fíjate que extraño, desde hace unas semanas, bueno, apenas lo descubrí por esta región, algunas especies de aves han cambiado su canto tradicional y emiten una tonada diferente.

Asombrado dije.

—¿En serio?

—Claro, me he comunicado con otros colegas de diferentes partes del mundo, también ha sucedido ese fenómeno. La nueva tonada es la misma.

Ahora sí creí en la abducción de José.

Ocotrol

Gilberto Ortiz, amigo de desde la juventud, aficionado a la fotografía, autor del libro “Fauna en Sierras y Llanos”, obra de referencia con imágenes que él tomó, va en segunda edición. Tengo un ejemplar autografiado en mi biblioteca. Paciencia para esperar el momento apropiado para la instantánea.

Al paso del tiempo, el trabajo, viajes y compromisos hizo nos alejamos; saludándonos sólo en algún evento cultural o religioso acompañados por la familia. Esto cambió cuando una mañana nos encontramos en una librería. Luego nos tomamos un café, en la plática dije.

—Te veo como un explorador famoso, internarte en serranías por varios días y muchas veces solo, pocos lo hacen, se necesita mucho valor.

—Bueno, eso del libro fue hace más de 10 años, el tiempo pasa, de seguro hoy no aguantaría. Mucho sacrificio pero tuve una gran satisfacción. Mi familia no quiere que vuelva a esos pasos, ahora mis hijos presionan para

no arriesgarme así, una caída o enfermedad; en un lugar solitario, sería mi fin.

—Tienen razón. Pero aún no se ha hecho una obra así.

Renació la amistad, nos vimos con frecuencia, después me contó esta historia.

—Hace más de 30 años, era un niño y acompañaba a mi papá, tenía unos camiones, se dedicaba al transporte. A unos 520 kilómetros de aquí está Valle Alto, entre la sierra, se siembran cereales y movería la cosecha. A papá le gustaba fotografiar la fauna en regiones solitarias (heredé eso), aprovechando estábamos ahí, fuimos a Venados, un caserío entre la sierra a unos 20 kilómetros, tenía papá amigos, ahí escuché hablar del ocotrol. Sólo dos personas lo habían visto, decían que tenía rayas en la mitad del cuerpo, más de metro y medio de largo, sin contar la cola, astuto, sumamente ágil, capaz de brincar de un árbol a otro. Papá lo creía una leyenda. Como un fantasma desde hace tiempo viene a mí esa plática, ¿y si existiera? Deseo ir allá para averiguar más. Bueno, espero encontrar a don Rotundo y don Martiniano. ¿Me acompañarías?

—Hace años no salgo de excursión, si fuera sería un lastre para ti. ¡Pero qué memoria!, cómo te acuerdas de esos nombres.

Rió y agregando.

—Tenía yo unos 9 años, me impresionó la historia que contaron ambos. Además don Rotundo había intentado hacer una máquina de “Movimiento Continuo” con ayuda de imanes, pero no funcionó, tema que me fascinó.

Me animó, hasta mochila adquirirí, estuve entrenando recordando antiguas expediciones. Él también se preparó.

Llegaron las vacaciones, su esposa e hijos salieron a ver a sus abuelitos a otra ciudad, aprovecharía para la búsqueda. A mi familia dije saldría con Gilberto, es un experto y me cuidará, les pareció bien. Conté el motivo del viaje, mi hijo mayor dijo.

—¡Pero papá!, animal con rayas en la parte trasera, que se sepa nunca ha habido aquí tigres de Tasmania o tilacino, de seguro ya están extintos. Bueno, ve, será divertido.

Salimos temprano en su camioneta doble tracción pick up de hace varios años. Viajamos a Valle Alto sin dificultad. Visitó amigos del papá, habían escuchado relatos sobre el ocotrol, lo consideraban una fantasía y tenían la frase: “Entre la serranía ves lo que desees, es como ver las nubes”.

Dormimos en un hotelito, al día siguiente salimos. Trescientos metros más terminó el pavimento y a soportar la dura suspensión por 20 kilómetros, gran parte de subida. Bien me dijo Gilberto que trajera ropa para el frío, la temperatura cambió. En Venados, fuimos a casa de don Rotundo, con agrado nos recibió, pocas visitas van allá, además es el fin del camino. Le dedicó un ejemplar de su libro, al dárselo, agradeció mucho el regalo, don Martiniano había muerto hacía algunos años.

Don Rotundo recordaba la visita de Gilberto con su papá. Al preguntarle sobre el aparato de Movimiento Continuo, rió, agregando.

—Si hubiera tenido más imanes e hilos de un largo adecuado... bueno, años después leí que aún no han podido hacerlo.

Al preguntar el motivo de nuestra visita a Venados, le asombró que viniéramos a intentar fotografiar el ocotrol.

—Casi nadie cree sea real, pero yo lo he visto en varias ocasiones.

—¿Recientemente?

—La última vez fue hace varios años, ya casi no salgo de casa, la edad me llegó. He visto diferentes ejemplares, algunos pardo rojizo, otros casi negros, pero todos con sus rayas blanquecinas, observé en una ocasión una hembra con dos crías en un arroyo, pero al notar mi presencia desaparecieron con rapidez.

Don Rotundo me dio más detalles del extraño ser, además de carne le gustan los vegetales y hongos. Es sumamente ágil, trepa como un mono en superficies verticales, el impulso con sus patas traseras es tremendo. Llevaba un mapa de la región y lo extendí sobre la mesa, me mostró los puntos de encuentro. Dos, a un kilómetro de su casa. Hace años fue en dos ocasiones de Venados a Coronel Ordóñez, acompañando los arrieros, en mulas venían, al regreso llevaban costales de piñones y nueces, por ruta entre la sierra, medí distancia entre esos puntos, daba 52 kilómetros, don Rotundo agregó.

—Sí, en línea recta. Siguiendo veredas y evitando abruptas serranías se hacen casi 80 kilómetros, tardamos tres días en llegar. Al regreso venía solo, en ambas ocasiones lo vi, un ejemplar grande color rojizo a 50 metros. En otro viaje miré las crías con la hembra, fue a menos de 20 metros, comían hongos bajo un árbol, cerca de un arroyo. Luego señaló aproximadamente el lugar, agregando.

—Lugar muy solitario, aun ahora, 20 kilómetros a la redonda no hay gente. Con la carretera Valle Alto-Coronel Ordóñez, terminaron esas aventuras.

Nos invitó a comer. En agradecimiento le dimos abarrotes y latas, cosas simples pero ahí tienen un valor especial. La región es considerada santuario ecológico, está prohibida la cacería. Ante la idea de Gilberto de irse a pie hasta Coronel Ordóñez, don Rotundo dijo.

—Serían unos cinco o seis días, no lo recomendaría, hay varios arroyos, no caudalosos ni profundos en esta época, pero el agua es fría, a lomo de mula no toca uno el agua. Bueno... en fin, sería una interesante viaje. No hay peligro de ataques de osos o pumas, nunca se ha sabido de algo así, menos en años con lluvia como este, hay mucha fauna.

Me entusiasmó la aventura. Al día siguiente luego de un sabroso desayuno, con las mochilas de más de 20 kilogramos salimos. Dejamos la camioneta con Rotundo y nos despedimos de abrazo. Volveríamos ruta Ordóñez-Valle Alto-Venados.

Nos dio una carta para su hijo Jaime que vivía en Ordóñez, agregando —búsquenlo, tiene un negocio de construcción.

Nos explicó muy bien la ruta de veredas donde transitaban venados, coyotes y jabalíes, en algunos sitios esperaba aún existieran las señas de los arrieros a base de piedras. No salirse, de otra manera sería casi imposible avanzar entre la vegetación ni con la ayuda de los machetes que llevábamos, recuerden, cuídense, ya nadie usa esa ruta. Cada quien se ayudaba con una vara de 1.70 metros para separar en partes

la maleza y apoyarnos entre piedras. Gilberto seguido consultaba la brújula. Al mediodía llegamos al primer arroyo, entre 30 y 50 centímetros de profundidad y tres metros de ancho. Buscamos un paso angosto, 1.60 de ancho. Brincó Gilberto, le aventé las mochilas y salté.

Luego no fue fácil, teníamos que quitarnos botas y calcetines, cruzarlo con pantuflas, salir temblando del agua fría, secarnos, poner botas y repetir la operación kilómetros más adelante.

La primera noche fue de terror, dormí por ratos, au-llidos de coyote, rugidos lejanos, crujidos de ramas, sonidos de un búho, sentía que el frío constante atravesaba la pequeña carpa y manta térmica.

Por levantarme tarde, salimos a las 9:30, Gilberto aprovechó y fotografió un venado, dos águilas, un coyote y ardillas. Logramos encontrar las señales de los arrieros, ruta por la sierra, precipicios terroríficos. Una tranquilidad cuando dejamos atrás el desfiladero. En la tarde, hacia la derecha se encontraba un pequeño valle terminado en un arroyo, fuera de la ruta, Gilberto propuso descansar ahí y pasar la noche. Lugares que indicaban años de no pasar nadie. Amenazaba lluvia, optamos por colocar las carpas al lado de unas rocas. Una señal de mi amigo, tomó su cámara en silencio, voltéé hacia donde él miraba en el arroyo a menos de 30 metros, el legendario ocotrol, era un par, atrapando peces y luego los comían. Gilberto pecho a tierra con su cámara con telefoto, en aquel silencio llegué a escuchar o imaginar, el click del obturador una y otra vez. Cambió el viento, de seguro nos olfatearon, vieron nuestra

presencia y con rapidez dando un salto impresionante como un canguro desaparecieron en un momento.

Los dos nos quedamos sin palabras, luego dije en voz baja.

—Si viniera solo juraría que era un tilacino, vi claramente sus rayas en la mitad del cuerpo.

—El tigre de Tasmania era o es (espero aún exista), un lobo marsupial. Este es un felino, fotografié ¡a dos ocotroles!

Pronunció esto emocionado. Luego en la pantalla de la cámara digital, examinamos fotografías, muchas estupendas. Llegó la lluvia, disminuyó algo el frío. Esa noche dormí profundamente, con el cansancio de caminar, no escuché ruido alguno.

Contentos despertamos, había una instantánea que mostraba exactamente un ocotrol sobre dos piedras que sobresalían del agua, si las midiéramos sabríamos el largo. Gilberto luego de operación quitar botas entró al agua fría unos tres metros y 40 centímetros de profundidad, la cinta indicó 1.68 metros, sin contar la cola.

Volvimos a la ruta, Gilberto seguía atento para tomar más animales.

No vimos ya otro ocotrol. Luego de seis días, llegamos a Coronel Ordóñez a media mañana. Buscar un hotel, ya aseados ir a buscar a Jaime, entregar la carta. Le entusiasmó viniéramos por la antigua ruta de arrieros en desuso hace años, también viéramos a su padre. Leyó la carta, partes en voz alta, se refería muy bien de nosotros. Luego, el hijo nos abrazó, dijo.

—Casi nadie visita a mi papá, sus amigos murieron, suele pasar a la gente grande, les agradezco mucho sus atenciones.

Otra generación, le tenía sin cuidado el ocotrol, me dio la impresión que si hubiera saquatchs o patas grandes en la región tampoco le importaría. Eso sí, muy amable, nos invitó a comer a su casa, presentándonos como grandes amigos de su padre.

Al siguiente día regresamos a Valle Alto. Conseguimos quien nos llevara a Venados. Don Rotundo estaba emocionado al vernos. Con sumo interés observó las fotografías de los ocotroles. Le dio mucho gusto cuando Gilberto dijo.

—No pienso darlas a conocer a medio mundo, me remordería la consciencia si por mi culpa matan o atrapan un ocotrol y lo llevan a un zoológico.

Nos despedimos de un abrazo. Listos para salir y la camioneta no encendió, el frío castigó al veterano acumulador. Agregué.

—Esto no pasa en las películas.

Con ayuda la empujamos a una bajada, metros después funcionó.

Retornamos felices a casa.

Charrasqueado

*Dedicado a la princesa de Marte, Dejah Thoris,
ella comprenderá mejor que yo esta historia.*

Había varias versiones del porqué mi buen amigo Juan tenía esa cicatriz en el rostro: accidente automovilístico cuando niño, en una excursión. También decían en forma burlona, sucedió “allá en la Hacienda de la Flor, un día domingo que se andaba emborrachando”, arremedando a Juan Charrasqueado como en el corrido; dicho sea de paso, él no es parrandero, borracho o jugador.

En una ocasión salimos de viaje juntos, me contó su extraña historia.

—Mi estimado amigo, dentro de unos días me iré de aquí para siempre, quiero decirte el origen de mi cicatriz, para que no te quedes con una versión salida de algún corrido. A nadie se lo he comentado, no lo creerían, se burlarían de mí, pero te conozco y por tus lecturas, creo que entenderás.

—Cuéntame.

—Hace tiempo vine y me gustó tu país, quedándome varios años. Soy de otra dimensión.

Lo miré extrañado con cara de incredulidad, era casi como nosotros con la diferencia de un ligero tono rojizo, acentuado cuando se asoleaba.

—No me vaciles, eso no te creo, somos iguales.

—Sí, somos casi iguales, la diferencia es...

Hizo una larga pausa y agregó.

—La diferencia es que allá los niños nacemos de un huevo.

—Oye Juan, eso lo tomaste de “Una Princesa de Marte”, de Edgar Rice Burroughs.

—No, no, mi historia es real, somos como un ornitorrinco, pero claro, mucho más evolucionados. Es costumbre que el huevo una vez que la mamá lo tuvo, lo observe el doctor y cuando está a punto de nacer el bebé, tenga lugar la Fiesta del Cascarón. Se invitan parientes, llega el doctor acompañado de una enfermera, y con un martillito de plata se rompe el cascarón, sale el niño; la mamá lo recibe, lo revisa el médico y aseá la enfermera. Luego el sacerdote rocía agua bendita, los invitados tocan unas campanitas para la buena suerte. Es una gran fiesta. Se acostumbra hacer el pastel de año cero y se obsequia a los invitados una rebanada.

Antiguamente los huevos se ponían en algo semejante a invernaderos. Ahora hay empolladoras automáticas. Mi mamá es muy cuidadosa, encima del cascarón colocaba un detector de movimiento.

Me tocó nacer en época de guerra, fui el mayor, mi papá estaba en el frente combatiendo, mamá trabajaba de obrera en una fábrica de municiones en el pueblito.

A pesar de los momentos difíciles, mamá ya tenía todo listo para la fiesta, el martillito de plata, campanitas con mi nombre grabado, serpentinas y cámara de fotografía, nada más faltaba el pastel que se haría el día anterior.

Ella dejaría de trabajar tres días antes de la Fiesta, para preparar todo para mi nacimiento. Hubo un error de cálculo en mi llegada o tal vez yo ya no aguantaba estar allí adentro, el caso es que empecé a romperlo a media mañana, cinco días antes de la fecha. Sonó el detector de movimiento pero estaba solo. Para colmo, las mamás tienen la costumbre de tomar calcium, un complemento para que el cascarón esté sano y esto los hace más duro.

Al regresar mamá del trabajo escuchó llantos, entró rápidamente y me encontró en el piso. Cuando nacemos ya podemos gatear; la incubadora por seguridad se pone a nivel del suelo, al salir del huevo me corté el rostro. Inmediatamente me llevaron al hospital para atenderme, había perdido sangre. Ni modo, eché a perder a mi mamacita la Fiesta del Cascarón. Pero viéndolo a distancia me convino, fui el consentido en la casa.

Pensé era una broma esa historia tan simpática, pero mi amigo me juró era cierta y no tenía forma de probarla.

Unos meses después, él se fue a su dimensión. Han pasado más de 20 años y he decidido contarlo. De recuerdo me dejó una campanita de las que deberían de repartir el día que nació, con extraños signos a manera de letras.

Gratis

Mis amigos inventores Joaquín y Guillermo, estaban ahora dedicados a una idea que Nicolás Tesla intentó allá por los años veinte, enviar energía sin cable.

Muchas pruebas se efectuaron, haciendo funcionar un ventilador eléctrico sin estar conectado. En el alambre con electricidad se instaló un “emisor” y en el abanico un “receptor”. Luego de cientos de fracasos se logró el éxito.

Al paso de las semanas, se logró evitar el “emisor” al modificar y hacer más eficiente el “receptor”. Ante ese éxito creció su entusiasmo, ambos estaban obsesionados con la idea de hacer un automóvil eléctrico que funcionara sin baterías, alimentándose de la corriente alterna que va por los cables de la ciudad. Mientras fueran pocos los usuarios sería indetectable para la compañía eléctrica, se esfuma electricidad por cables viejos, aisladores dañados y otros problemas.

A diferencia de la idea de Tesla, o lo que ellos imaginaban de eso, no había máquina especial que enviara electricidad, sería tomada “a la brava” de los cables. Hay

gran variación de voltaje entre las líneas de energía; desde 300,000 volts en las torres de larga distancia, cables con 33,000 volts, otros de 13,200, luego de ahí con transformadores la bajan a 440, 220 y 125 volts. En la ciudad hay marañas de cable de diferentes voltajes. Ante esto pensé que esa idea era una fantasía, además, si se pudiera, ya lo habrían hecho.

Dos meses después me invitaron a su laboratorio-taller, al llegar Guillermo dijo, señalándome un vehículo.

—Ante la imposibilidad práctica de conseguir un Pierce Arrow 1930 como el que dicen usó Nicolás Tesla. Conseguimos esto.

Le eché un vistazo, era una camioneta Chevrolet 1970, recién pintada color crema, en la caja el “receptor de energía” un artefacto con dos antenas niqueladas de 150 centímetros de largo y 5 de diámetro rodeados de aisladores negros de cerámica, terminadas en esferas plateadas de 10 centímetros de diámetro. A 20 centímetros, un aparato de un metro de alto, otro de largo y 60 centímetros de ancho, era el “rectificador y seleccionador”, atrás otro algo más pequeño, era el “supervisor y controlador”; todos estos firmemente sujetos a la plataforma de madera de la caja. En el compartimiento del motor, donde antes iba holgado el seis cilindros en línea de 292 pulgadas cúbicas, ahora estaba uno eléctrico el cual se veía pequeño en ese amplio espacio sin radiador. Quedó acoplado el alternador para el acumulador de luces y claxon. Llantas nuevas, como las originales: 6.50 x 16. Fuera del cambio del motor y eliminar transmisión, estaba de concurso de vehículos clásicos, lo único añadido sobre el tablero eran

dos pantallas pequeñas: indicador de carga y revoluciones por minuto del motor.

Al mes siguiente, me llamaron para decirme que estaba ya lista la camioneta y deseaban que fuera.

Un domingo a las 8:00 llegué a verlos. Joaquín dijo.

—Tú conducirás, tienes experiencia en arrancones, además con vehículos viejos desde: empujarlos para funcionar, frenos que necesitan bombearlos, dificultad para los cambios, dirección desalineada y demás problemas.

—¿Tiene éste algún defecto?

—No, pero entre la maraña de cables, ya sea los cruces o viajes paralelo, el “receptor de energía” está calibrado para buscar el mayor voltaje, cuando por distancia se pierde eso busca trabajar con la línea de voltaje siguiente que esté a su alcance, ese lapso de búsqueda puede ser de fracción de segundos o hasta tres o cuatro, dependiendo de la distancia. El motor deja de funcionar en esos instantes y el vehículo avanza como si fuera en neutral. Bueno, ya te darás cuenta de esa sensación extraña. Yo iré de copiloto, Guillermo te seguirá en la camioneta Chevrolet 2009 para empujarnos si hubiera algún problema. El par motor es mucho muy fuerte, por eso quitamos la transmisión, no se necesita. Ten cuidado con el acelerador, éste tiene un juego largo para mejor control y evitar el patinar de las ruedas traseras. La reversa funciona al invertir la corriente, oprime el pedal donde debería ir el embrague, también lo puedes usar con toda confianza para detenerte, hasta lo aconsejo para no cansar los frenos de tambor, recuerda que no hay transmisión que ayude a disminuir velocidad.

Extrañaba la ausencia de palanca de velocidades, casi donde debería ir, está un tablero con números, donde se marcar la clave de ocho dígitos para ponerlo en marcha. Emocionado, me puse al volante o “timón” (seis vueltas de tope a tope, sin dirección hidráulica), ajusté el cinturón de seguridad. Conforme entrábamos al centro de la ciudad ese domingo de poco movimiento, aumentaba la sensación de incertidumbre al apagarse el motor para luego funcionar otra vez, mientras encontraba la línea adecuada, esto se repetía constantemente ante una maraña de cables. Pronto me acostumbré a su conducción.

Al salir de la ciudad, hay un camino, corre paralelo por varios kilómetros a las torres de alta energía de 300 mil volts. Con silencio asombroso y una aceleración sorprendente funcionaba, aún a 100 km/h al pisarlo a fondo las ruedas patinaban. Nos detuvimos, Joaquín fue al vehículo de respaldo, me acompañó Guillermo con cronómetro en mano.

—Una curiosidad, trata de arrancar lo más rápido posible, para ver cuánto tarda de cero a cien kilómetros por hora.

Luego de varias pruebas evitando el patinar de llantas, logré hacer menos de 6 segundos. Todo un récord con esas llantas.

Encantado quedé con ese vehículo. También dominé al detenerlo al invertir corriente. Sólo en emergencia usaría el freno normal.

Ante el éxito, la camioneta fue bautizada como “Gratis”, la ocupaban para pasear o actividades del taller.

El autódromo de la ciudad es una pista de arrancones de 409 metros, se alarga por 500 metros más pavimentados y mil más de terracería. Va paralela a las torres de alta energía, a una distancia que Gratis recibe excelente carga. Nos dirigimos allí, era un sábado caluroso, 10:00 horas.

Presionamos para que Gratis la dejaran competir con Guillermo de copiloto, diciendo que por ser experimental necesitaban un ayudante para ir midiendo y dosificando la carga eléctrica. Por micrófono anunciaron: “Camioneta eléctrica reta al que sea para los 400 metros”. Esperamos en la línea de arrancada. Momentos después a nuestro lado se puso un Mustang. En el tablero de arranque empezaba cuenta regresiva. Subimos vidrios, era lo mejor para la estabilidad; sin aire acondicionado y con cascos (obligado por seguridad) sudábamos, se prendieron luces verdes. Suave y progresivamente oprimía acelerador, por instantes iba adelante cuerpo y medio el coche, luego lo dejamos atrás. El velocímetro indicaba 160 km/h cuando cruzamos la meta, 12 segundos. Oprimiendo con suavidad el inversor y frenos paramos. Jugamos otro arrancón con un Camaro, también ganamos. El dueño de un Porche 911 deseaba jugar. La temperatura había aumentado, las llantas nada apropiadas estaban muy calientes, la cabina con ventanas cerradas superaba los 50 grados. Sentí un descanso cuando Guillermo dijo.

—Lo siento, ya no hay carga suficiente.

Fuimos los héroes ese día, aunque fue muy tenso para mí arrancar evitando patinar las ruedas y guiar con firmeza el “timón”.

Un día que amenazaba una fuerte tormenta, Joaquín deseaba probarla, me invitó, acepté. En el trayecto se desató un aguacero torrencial dije.

—¿Habrá peligro que nos electrocutemos con tanta agua o caiga un rayo?

—El agua no conduce la electricidad, en cuanto a un rayo, de caer sobre la línea espero lo boten los fusibles en los postes y no tengamos que absorberlo. De no ser así, se dañaría el receptor no está calculado para ese rango de energía, aunque no creo nos pasaría nada, no hacemos tierra.

Llegamos hasta las afueras de la ciudad, a la vuelta había ya varios vehículos detenidos, más de medio metro de agua, con las olas superaban los 70 centímetros. Joaquín dijo.

—Avanza sin miedo, el motor está sellado.

Logramos pasar por lugares en que nadie circulaba, llegando sin novedad al taller. El miedo de un apagón y se acababa lo gratis, afortunadamente no pasó.

Una tarde acompañé a Guillermo a un negocio en las afueras de la ciudad. Me pidió que condujera la “Gratis”. Amenazaba tormenta, recogió unos aisladores, cables y tornillos; aún quedaba ciertos huecos en la caja de la camioneta para cargar. Se desató una fuerte tormenta eléctrica, en aquel cielo oscurecido de pronto se iluminó al lado del camino, un rayo cayó o salió de la tierra, el caso es que lo atrajo la antena, claro, no todo, pero lo suficiente para después de escuchar el fuerte trueno, percibiéramos un olor a quemado y la Gratis, 50 metros después se detuvo. Guillermo bajó e inspeccionó, por el teléfono móvil, llamó a Joaquín.

—Cayó un rayo, severos daños, ven por nosotros, trae equipo para remolcar.

Receptor, rectificador y controlador se habían dañado, por fortuna no llegó al motor. Pensaban reconstruirla.

Dos meses después los visité, ya tenían lista la Gratis, funcionaba perfectamente. La patente sobre el descubrimiento estaba atorada en una maraña de leyes peor que los cables en la ciudad.

Joaquín me comentó.

—El entusiasmo de hacer más Gratis se suspendió por dos motivos: La dificultad de hacer un proyecto viable que dejara ganancias suficientes. Y el hallazgo de un material fantástico que, sin duda revolucionará cierto tipo de construcción. Dentro de unos meses te daremos más detalles.

Me despedí de mis grandes amigos, deseándoles mucho éxito en el próximo invento. Por motivos de trabajo y aventura, saldría del país por varios meses.

Infeción

A tres meses del descubrimiento del primer caso, la enfermedad se había esparcido en forma descontrolada. No había forma segura de evitar el contagio. Algo ayudaba las instrucciones generales: Usar tapabocas en la calle, lavarse muy bien las manos antes de comer, evitar aglomeraciones.

Los síntomas de la enfermedad son: secreción casi constante en la nariz, en esa fase es común acompañada de sangrado, unos días más ojos rojos e irritados, luego andar vacilante, cuando mucho un par de semanas más debilidad y muerte.

Esta situación de desesperanza, al no encontrarse cura, desató una serie de linchamientos en las grandes ciudades. Los censos de población se realizan en base a visitas a hogares; hay un segmento de la población que no entra en las estadísticas: vagabundos, niños de la calle, etc. Habitan en cuevas, bajo puentes; sitios abandonados: sótanos, bodegas, edificios, casas. Cuando estalló el problema, nunca se imaginaron las autoridades que eran tantos.

Los sin hogar estable, muchos vivían solos, al enfermar no tenían más remedio que salir a ganarse el sustento: recoger latas, cartones, pedir limosna, efectuar pequeños trabajos, etc. Desesperados caminaban con pasos vacilantes, ojos rojos, algunos sangrando por la nariz, creando un ambiente de pánico. Ambulancias de sanidad los recogían, pero eran pocas unidades para atender a toda la ciudad. Al paso de los días, se organizaron jóvenes, en grupos perseguían a los infectados o sospechosos, pensando que efectuaban una labor social; con palos los atacaban golpeándolos sobre todo en las piernas, hasta dejarlos tirados, luego avisaban a sanidad, claro, algunos no soportaban el castigo. Ante la situación de terror eran tolerados por la policía, siempre y cuando no usaran cuchillos o armas de fuego.

Tenía que ir a la gran ciudad, distante 200 kilómetros de nuestro pueblo a un asunto urgente de un documento. Salí a las 7:00 en mi automóvil, me tocaron dos controles médicos, una inspección simple. Los contagiados habían causado serios accidentes por sus desvaríos. Era septiembre, mes propicio para alergias, por tener ese problema llevaba pastillas contra ese mal en la guantera, ni en broma quería tener flujo nasal y menos sangrar como algunas veces me acontecía.

Antes de las 10:00 ya tenía el documento en la mano, lo guardé en la cajuela, como era temprano opté por dar una vuelta en la avenida. Nada extraño había visto en la ciudad desde que llegué, fuera de usar todos tapabocas. Ni deseos de ver un contagiado, menos un linchamiento. En aquella calle casi vacía, compré periódico, billete de lotería,

curioseaba aparadores. De pronto un viento fuerte e inesperado con mucho polvo, hizo que con todo y tapabocas empezara a estornudar, las pastillas “durmiendo la siesta” en la guantera. A media cuadra veo un tipo con todas las características de un vagabundo, al acercarse observo sus ojos rojos, sangre en la nariz, el joven que venía siguiéndolo hace señas a otros, el hombre corre, sobre él venían cinco muchachos con palos y sus tapabocas. Yo seguía estornudando, tenía flujo en la nariz, desesperado me quité el tapabocas y me soné, para colmo me brotó sangre. El último joven del grupo me vio, sin decir más con un palo (más largo que un bastón) trató de pegarme. Dije.

—Espera, no estoy infectado, traigo alergia.

No me contestó, se lanzó sobre mí. El joven de unos 17 años, delgado, acostumbrado a golpear enfermos atarrados y débiles, no se esperaba una respuesta como le di. Esquivé el golpe, lo jalé de un brazo, perdió el equilibrio y al suelo. A media cuadra un compañero lo vio, se vinieron sobre mí.

El semáforo cambió a siga, corrí al camellón; en un hueco del tránsito pasé al otro lado, había perdido el tapabocas y periódico. La avenida casi sin gente, muchos lugares cerrados, no me quedó más remedio que correr, tratar de perderme de esos energúmenos, aunque me alejara de mi automóvil.

Por perseguirme, el supuesto infectado, había escapado. Llevaba casi una cuadra de ventaja, pero seguían atrás de mí los cinco sujetos. Llegué a las vías del tren, detuve mi carrera en un lugar lúgubre, frente a una bodega en ruinas. Aprovechando unos momentos para descansar,

veo al mismo vagabundo barbudo, con camisa gris que perseguían, aterrorizado avanzando a paso rápido. A lo lejos se escuchaban las voces de los tipos. El vagabundo me hizo una seña que lo siguiera, en un hueco penetró en aquella bodega maloliente, mi temor a cucarachas y ratas, así como a infectarme impidió hacerlo. Corrí hacia un tren que iniciaba la marcha, subí a un vagón con la puerta abierta, con la respiración agitada, me senté. El tren lentamente aumentaba su velocidad, por fortuna, el flujo nasal y la sangre había parado. Uno de ellos logró llegar al vagón e intentaba subir, no estaba yo dispuesto que practicasen conmigo su “labor social”; me levanté, a patadas en su rostro cubierto hice que suspendiera su intento. Después de media hora, en un caserío paró el tren, creo hacer una maniobra de enganchar otros vagones. Bajé, pedí ayuda, diciendo que me querían asaltar y me vi en la necesidad de subir al tren. Tuve suerte, conseguí un taxi a la ciudad.

Una hora y 20 minutos después estaba en mi automóvil, lo primero tomar la pastilla para la alergia, luego limpiar la cara de cualquier rastro de sangre. Me dirigí a casa.

Días después en una reunión familiar se comentaba de la buena labor de esos jóvenes al localizar infectados, algunos parientes estaban en esas brigadas. Fui el aguafiestas de la reunión, al expresarme de ellos a base de insultos.

Fuente de poder

Desde la infancia era amigo de Roberto, al igual que a mí le encantaba viajar. Salí a estudiar fuera, el contacto con Roberto se fue distanciando. Viví en otras ciudades, aunque aprovechaba vacaciones para venir a ver a mis padres. Pasaron los años, cuando tenía 54 años volví a radicar en mi ciudad con mi esposa. Una mañana en el centro encuentro a Roberto, estaba casi igual que hacía 25 años, nos dio gran alegría encontrarnos y retornó la amistad.

Me confesó que desde hacía 10 años terminaron los viajes, no podría alejarse de su casa más de 20 kilómetros, si lo hacía enfermaba. No entendí el por qué.

Nos invitaron a comer a su casa. Mi esposa Nora simpatizó con Susana, atractiva, cinco años menor que Roberto, pero al ver junto al matrimonio, él se veía unos años más joven. En la plática surgió la idea de acompañarnos a Coronel Ortiz, pueblo a 80 kilómetros. Esperaba no enfermarse si hacía breve el viaje. Tenía dos propiedades, como ya no podía salir, las vendería a un buen precio, nosotros seríamos testigos.

Temprano salimos en el automóvil de Roberto. A las nueve ya estábamos allá con el abogado y comprador, apenas tuvimos tiempo de entrar, se desató una intensa lluvia. Era simplemente un trámite de firma de documentos, nos despedimos. Eran casi las 10:00, aun con paraguas nos mojamos en el trayecto al coche. Me extrañó ahora que Roberto le pidiera a Susana que condujera, él fue piloto de competencia.

Había un paso en la carretera que estaban arreglando a unos 3 kilómetros del pueblo, unos 100 metros sin pavimento, habíamos cruzado sin dificultad. Al regresar, el agua pasaba sobre el camino y estaban varios vehículos atascados, entre ellos un tráiler. Tardarían horas en arreglar eso.

Tomamos la decisión de volver por otra ruta más larga, nos alejamos unos 140 kilómetros de la ciudad, en total recorrimos 234 en el regreso.

El viaje estaba programado para tres horas, duró en total siete y media, veníamos despacio por la fuerte lluvia, era lo más prudente.

El estado de salud de Roberto se fue deteriorando a pasos agigantados, cuando llegamos a su casa, hubo que ayudarlo a bajar del automóvil y llevarlo a la habitación, su aspecto era el de un viejito de muchos años. Nos despedimos de ellos, quedando impactados por ese súbito decaimiento.

Cinco días después pasa a visitarme Roberto a casa, ¡increíble!, se veía excelente. Me dijo.

—Ahora ves porque no puedo alejarme del hogar. Creo ya no lo haré más.

—¿Cómo llegaste a esa situación insólita?

—Hace 11 años, visitaba una fábrica de productos químicos en otra ciudad, por precaución traíamos cascos. Se produjo una explosión, luego incendio, mi amigo que me invitó cayó herido, un metal le pegó en una pierna, a mí pedazos de madera y cartón en la cabeza, se produjo un humo denso, logré sacar a mi amigo, claro a paso lento.

Volví a casa muy débil, sólo dar unos pasos me agotaba. Los demás que estuvieron en ese suceso y respiraron los gases tóxicos enfermaron, otros murieron al poco tiempo. Visitas a hospitales, análisis, vitaminas, inyecciones y medicinas. Seguía igual. Hasta que una persona ofreció curarme con un brebaje hecho por él; además de un rito extraño, que me vinculaba con la fuerza de poder de no sé qué metales bajo la ciudad. En dos meses noté una gran mejoría, al año estaba sano.

—¡Qué bien!, me alegro mucho sirviera el tratamiento.

—Sí, pero tuvo su costo, ya no puedo alejarme mucho de mi hogar, aunque creo soy el único sobreviviente actualmente de aquel accidente, mi amigo, murió hace unos años. El hombre que me sanó desapareció, por más que lo he buscado no lo encuentro. Esta historia evito contarla, es para no creerse. En estos años, he descubierto muchos sitios interesantes a menos de 20 kilómetros a la redonda: haciendas antiguas, ruinas arqueológicas, bosques que adentro está casi oscuro al mediodía, ojos de agua fresca y clara, pozas ideales para zambullirse, veredas solitarias que transitan venados y jabalíes, aun de día los he visto, en dos ocasiones he divisado pumas y un oso.

—¿No te da miedo ver esos animales cerca, en esas soledades?

—Sí, pero salgo con un palo largo (1.70 m) con puntas de goma en cada extremo, me sirve de bastón, además un silbato, un domador me aconsejó que casi todos los animales, sobre todo en la naturaleza, con un buen silbato, se retiran, bueno aún no me he visto en la necesidad de comprobarlo, pero me da confianza. Dependiendo de la ruta en ocasiones llevo machete para abrirme paso entre la maleza.

Luego de más de una hora, estando a punto de despedirse llega Nora, queda asombrada al verlo repuesto y de aspecto mucho más joven que yo. Al irnos, dice.

—Es increíble ese cambio, qué explicación te dio.

—Algo como una historia de cómic donde un “Guardián del Universo” le dio una cierta inmortalidad con la condición que no se aleje mucho de la ciudad.

Guardián del jardín

Después de un periodo de inestabilidad, violencia y terror, la situación de tranquilidad poco a poco retorno al país, dejando atrás esa pesadilla.

Colonia Serranía fue la primera creación de la nueva época. Parques públicos con cristalinos arroyos con peces, cuidado césped, flores y frondosos árboles invitaban a caminar. Volvieron las casas con bellos jardines. Ninguna residencia tenía rejas, los garajes abiertos. Un respeto total a las propiedades. Por años fue visita tradicional de los habitantes de la ciudad, como de excursiones que nos visitaban. Una colonia de ensueño situada en los límites de la boscosa sierra.

Nunca he vivido ahí, pero desde sus inicios reside un primo al que visito frecuentemente. Impresionado vi como en unos meses la zona se venía abajo. Los cuidados parques públicos se deterioraron en meses, sus plantas disminuyeron. El famoso reloj de flores situado en un declive del terreno, hasta la manecilla del minuterero perdió y casi sin matas. En menos de un año los jardines de casas fueron protegidos por

estéticas rejas de acero o tela ciclónica. Visitantes extranjeros, de pronto pensaban que el deterioro era causado por vandalismo. Pero la causa era otra, una sequía muy fuerte, de esas que asolan cada cincuenta o más años llegó a la región.

La falta de alimentos en la sierra hizo que los herbívoros visitaran Colonia Serranía, aparecían conejos, jabalíes, venados y burros salvajes a comer pasto y sabrosas plantas. También frecuentaban coyotes, osos y hasta tigres han visto en noches oscuras, vienen a tomar agua en los arroyos, aunque raquíticos siguen funcionando. Por estar prohibida la cacería, hay una gran tradición de respeto a los animales silvestres. En las noches las personas evitan salir, la soledad en sus calles recuerda la época de pesadilla.

Mi primo me informó que solo una casa al borde del bosque con su jardín bien cuidado mantenía la tradición de no tener rejas. Pensé: “¿sería posible?”. Me dirigí a ver aquella curiosidad, aún no atardecía y se veían conejos en el parque.

Conforme me acercaba vi una valla de arbustos con follaje tupido desde el suelo, muy bien recortados de 1.60 metros de alto cuando mucho. Pensé: “un jabalí se escabulle por esa cerca, un venado con facilidad la brinca”. Una puerta sencilla con cerrojo sin candado daba paso al bien cuidado y apetecible jardín para los herbívoros. Había varios letreros bien visible puestos en diferentes sitios en la valla de matas, así como en otras plantas en el interior del jardín: “Peligro. No tocar. Plantas no amigables, producen ronchas y otros malestares”. Estos me explicaban el misterio de su protección.

Veo a un hombre con una indumentaria semejante a las que usan los que manejan abejas, pero éste con tijeras, podando la cerca de arbustos. Lo saludo, hicimos plática, dijo.

—Plantas logradas después de injertos y muchos cuidados, gracias a éstas se han alejado animales intrusos. Los únicos al parecer inmunes son los armadillos, uno que otro pasan entre el espeso follaje pero son tranquilos y los daños que producen son mínimos. Lo latoso es podar con este traje protector, de no usarlo me llenaría de ronchas. Preferible sudar un rato a lo otro. Espero que pronto cambie el ciclo y vuelvan las lluvias.

Me despedí del hombre y su protegido jardín.

Señuelo

A Silvia la conocí por un amigo, simpatizamos, era delgada, bonita y agradable. Me atraía, la invitaba seguido a desayunar, al cine o pasear, aunque aceptaba una invitación de vez en cuando, sentía que le agradaba pero al mismo tiempo trataba de no tener un trato continuo.

Una tarde, gris y triste, a punto de llover, me dijo.

—Eres muy atento conmigo, me da pena no aceptar todas tus invitaciones, pero... —una larga pausa— estoy en un trabajo peligroso.

La vi tan frágil, que sorprendido dije.

—¿Pero en qué trabajo puedes estar?, te ves tan apacible.

Sonrió y agregó.

—Te diré un secreto, guarda discreción, si se sabe, peligraría más mi vida. Soy “señuelo”.

—¿En serio?, pensé que eso de los señuelos era una leyenda urbana. ¿Pero cómo llegaste allí?

—Es real. Te contaré mi historia, cuando niña, salía del cine con mis papás, sufrimos un asalto, papá nos defendió pero murió allí mismo, recibió dos balazos. Mamá

y yo salimos ilesas, pero desde ese día mi vida cambió, y como Batman deseé combatir el mal.

Estudí arte dramático, que me ayudó mucho en la vida. Al paso de los años seguía con la idea de combatir el mal. Aunque vivíamos bien, no tengo baticueva, ni Robin o mayordomo; así es que la mejor forma de luchar por el bien era ingresar a estudiar la licenciatura en Investigación Criminal; me encantó y quedé como la mejor estudiante de mi generación, luego a la Academia de Policía para la práctica real. Con mis calificaciones entré a la policía a trabajar. Me daban trabajos secundarios, no creían que pudiera en un trabajo peligroso, por medio centímetro cumplí la altura mínima para policía, además era la que menos peso tenía.

Gracias a un comandante genial, se creó la Escuela de Señuelos, había que terminar con el crimen, incluso provocarlo. No lo pensé más, entré inmediatamente. Ahora tengo cinco robines que me cuidan. Estamos orgullosos de nuestro equipo, es el que más maleantes y asesinos hemos eliminado y atrapado. Somos dos mujeres y cuatro hombres.

Con suma atención escuché esa historia fascinante. Cuando me despedí de ella, estaba más enamorado que antes. Me dio su teléfono. Quedamos de vernos dentro de tres días.

La cita fue en un restaurante, un amigo me llevó, mi coche estaba en servicio. Me contó algunas de sus experiencias, dignas de la mejor película.

—...el barrio el Surco fue limpiado de alta peligrosidad a casi seguro, pero había una pequeña banda escurridi-

za y de actuar esporádico que atacaba a personas mayores o con dificultades. Me disfracé de viejita, de andar encorvado y lento, a los cinco días a las 23:00, me atacaron; sufrí un empujón fuerte, pero horas en el gimnasio evitó cayera al suelo, le marqué el alto, intento golpearme y disparé. Entró en acción mi equipo, atrapamos a dos, tres murieron allí y otro en el hospital.

—Silvia, con razón dices es peligroso. ¿Te da miedo?

—Claro, el valor consiste en vencer el miedo. Te contaré uno de los momentos peores. En otra ciudad empezaron atentados contra muchachas estudiantes del turno nocturno. Nos llamaron, y fuimos a auxiliar a la policía de allá. Con suma discreción, nadie sabía de nuestro operativo. Siete muchachas habían muerto; no había pistas y ninguna superviviente a los ataques. Me disfracé de jovencita, algo de maquillaje, útiles escolares y mi figura delgada me confundía entre el grupo de jóvenes. A la semana, en una calle entre penumbras un hombre corpulento me abrazó y con rapidez me empujó a una vagoneta de puerta corrediza al asiento trasero. Apenas tuvo tiempo mi equipo (que me vigilaban desde dos automóviles), de empezar a seguirnos. Traía una navaja de botón en la mano, desesperada logré zafar un brazo y lancé un navajazo a la cara, el hombre me soltó con horribles majaderías y me pegaba en el rostro, solté la navaja y aproveché para tomar el revólver y disparar a quemarropa. Por los golpes y sangre en el rostro, apenas podía ver, utilicé la última bala en el conductor, ésta hizo que chocara con un poste, me golpeé. Mi equipo me llevó al hospital, afortunadamente no fue

nada grave para mí. Luego supe que el conductor, fue rematado allí mismo. Finalizaron los atentados.

Ya vez porque no acepto invitaciones ni compromisos, he tenido varios pretendientes pero los evito, no he tenido novio. Imagínate a Batman con novia. No podría maniobrar ni atender la batiseñal cuando apareciera.

Nos miramos en silencio unos momentos, y agregué.

—Bruna Díaz, no seas tan dura contigo misma, acepta un novio y lleva una vida más normal.

Apenas dije eso y me arrepentí, pensé se enojaría por mi falta de tacto. Pero no fue así, le cayó en gracia, rio y agregó.

—Si así fuera dejaría de cumplir mi objetivo en la vida, combatir el mal.

—No seas tan estricta Silvia. El Fantasma, por más de 400 años ha combatido a piratas y sus hijos e hijos de sus hijos han hecho lo mismo.

Aficionada ella también a las tiras cómicas, rio, y se vengó por decirle Bruna.

—¿Sabes?, Diano Palmer, eres muy simpático.

De allí en adelante, era como si se hubiera roto el hielo, platicamos muy bien, como si nos hubiéramos conocido toda la vida. Al terminar la acompañé a su automóvil, me llevaría a mi casa.

—Silvia, es para mí un honor haberte conocido y que me contaras tu historia, casi inverosímil. Aunque no imagino verte con pistola.

—Por seguridad, siempre ando armada y traigo mi credencial de policía especial e Investigadora Criminal.

Me mostró su elegante credencial, luego la guardó en su bolso. Antes de arrancar me dijo.

—Te mostraré mi revólver, me ha salvado la vida en varias ocasiones, pero sólo por unos instantes. Listo, no repetiré.

Se levantó la falda, en una funda sujeta a su muslo izquierdo, el revólver. Lo único que pude decirle fue.

—Creo todo.

Un mes después somos novios y nuestra relación marcha muy bien. Respeto el llamado de la “batiseñal” cuando necesitan a esta superhéroe.

Glosario para olvidadizos o neófitos:

Bruno Díaz, es Batman en la vida real.

Robin, ayudante de Batman.

Batiseñal, potente reflector con silueta de murciélago que se proyecta en el cielo o nubes en la noche, que envía el jefe de policía.

El Fantasma, hace más de 400 años, el único superviviente de un ataque pirata, llegó a una playa, juró combatir el mal. Sus hijos siguen la tradición. Muchos creen es el mismo hombre que no muere.

Diana Palmer, novia por más de medio siglo del Fantasma, hace más de 30 años, se casaron.

Reselástico

Duré cinco meses fuera del país, de vez en cuando conversábamos por teléfono. Al volver Joaquín y Guillermo me recibieron con gran alegría. En su oficina me explicaron habían patentado un material muy interesante, no costoso de producir, adecuado para construir casas y hasta edificios de pocos pisos, capaces de resistir tornados, terremotos, ciclones. Además serían muy térmicos, casi a prueba de fuego. Guillermo contó estas historias.

—Allá por los años cincuenta, en California construyeron la casa del futuro, circular de plástico. Pasaron los años, como es común, llegó el momento de destruirla. Lo usual, una máquina de demolición con enorme bola de acero colgando de una cadena y a golpearla. ¡Sorpresa! Rebotaba la esfera y no se destruía la casa. Hubo que emplear otros métodos.

Cuando se unieron Alemania Occidental y Oriental, en ésta se construía los Trabant, automóviles pequeños con motores de dos tiempos, contaminadores y lentos. Hechos con un cemento plástico, no eran maravillosos, dicen que

las puertas no embonaban bien en muchos de ellos, llegó la hora de decirle adiós. Cientos de miles condenados a muerte, la máquina demolidora con la bola de acero pegaba a las carrocerías y rebotaba, hay videos sobre esto. Hubo que inventar otro sistema de destrucción masiva a base de productos químicos para acabarlos.

Deseamos nos presentes a tu amigo que tiene una compañía constructora de casas y edificios, espero le interese la idea. Los costos de los cimientos, serían igual a una edificación convencional, pero en vigas, pisos, techos, paredes serían de “reselástico”, palabra tomada de resistencia y elástico, el precio sería muchísimo menor. El tiempo construcción se reduciría a una fracción.

La innovación me pareció interesante, con gusto los puse en contacto con mi amigo el constructor.

Tiempo después supe que un cliente se entusiasmó. Hizo su casa de dos pisos en una ciudad de la costa, famosa por recibir huracanes de vez en cuando, aparte de fuertes vendavales varias veces al año. Al siguiente año, azotó un ciclón categoría 4, dejando una zona amplia de destrucción, pero la casa quedó intacta. Ese éxito fue una gran promoción a la compañía.

Claro, no todo era felicidad, para resistir esos vendavales, el “reselástico”, sobre todo en casa de dos pisos, se bamboleaba algo, como un árbol. En el segundo piso, por momentos era como ir en un barco con mar agitado. Pronto los dueños se acostumbraban a ese vaivén simpático.

Con el tiempo entraron a la construcción de edificios de cuatro pisos. Según cálculos hasta esa altura eran cómodos. Más altos seguirían siendo confiables, pero en

vendavales o terremoto, la oscilación sería de juego mecánico de feria, con el peligro de movimientos violentos de muebles.

A pesar del inconveniente del bamboleo, sobre todo en zonas de vientos constantes, tuvieron los edificios buena demanda. En África Occidental, un coche bomba fue colocado frente a una embajada. Explosión poderosísima, destruyó edificios cercanos. Un “reselástico” de cuatro pisos, situado casi enfrente, los daños fueron mínimos, osciló con la onda expansiva, vidrios rotos, algunas puertas dañadas, pero siguió habitable.

Pareciera que no tendrían problemas esas construcciones, pero un terremoto causó que los dueños de los departamentos acabaran a maldiciones con el ayuntamiento. Motivo: edificio vecino de diez pisos se derrumbó una parte, quedando recargado en el “reselástico”, haciendo que éste quedara visiblemente ladeado. Por ese motivo también deseaban destruirlo. Un ingeniero de “reselástico” simplemente dijo, al quitar los escombros el edificio volverá a su posición original, claro, si durara varios meses podría perder su límite de elasticidad, pero no creo sea el caso. Semanas después, al quitar ese peso, el edificio, en cuestión de dos días quedó como cuando se inauguró.

Los constructores no aconsejaban en ningún caso poner en el techo: albercas, estacionamiento de vehículos (ayudado por rampa adjunta), juegos mecánicos tipo los de la Torre Estratósfera de Las Vegas o anuncios espectaculares.

No falta alguien que rompa las reglas de “reselástico”. En la azotea de edificio de cuatro pisos, se colocaron

cuatro impresionantes espectaculares, con anuncios animados. Los constructores, hablaron con el dueño del peligro latente, no hicieron caso. Éste alegó que por tener cuatro anuncios similares en peso distribuidos en el techo se equilibraban las fuerzas y no pasaba nada. Fueron al ayuntamiento, nada pudieron hacer, era una maraña de leyes, si fuera de habitación intervendría, pero era de oficinas de una compañía situadas en un terreno alto, no colindaba con la vía pública, pero muy visible por dos autopistas, ideal para anuncios. Pasados tres años surgió el problema en un fuerte vendaval. Excremento de aves sobre cables y soportes; agua estancada produciendo óxido, falta de mantenimiento y el bamboleo natural, hicieron se zafara un espectacular de cuatro toneladas, cayendo en la madrugada dañando automóviles. Al perder ese peso, el otro anuncio en el extremo que equilibraba se soltó quedando a punto de caer, haciendo fuerza de palanca, ladeando el edificio como una Torre de Piza. Días después al intentar desarmar el gigantesco anuncio, cayó causando destrozos. Con este ejemplo, nadie quiso ya romper las reglas de construcción.

Cinco años después, a mis amigos Joaquín y Guillermo les había ido muy bien, cosa que me dio mucho gusto después de tantos esfuerzos y fracasos.

Otra vez, por motivos de trabajo y algo de aventura, salí fuera del país. Hasta allá me llegó la noticia que Joaquín había tenido un sueño en el cual construiría una camioneta pick up de reselástico. Conociéndolo sin duda lo intentaría y pensé: “Ojalá lo hagan”.

Pensé era el viento, nada más

Tardes de verano en el rancho, un placer cuando hay viento observar el pasto haciendo olas como el agua, así como el mecer de los árboles en forma armónica.

Un día fui al rancho situado a bordo de carretera, Teodoro me dijo.

—Pasó ayer algo muy extraño, a estas horas fui a revisar los bebederos del ganado, no había viento y para mi sorpresa, los árboles se mecían a un ritmo de fuertes ráfagas.

Le recordé la forma extraña de moverse el aire, a veces se siente fuerte y levanta hojas y ramas muy cerca del suelo; el papalote (molino de viento) a ocho metros del suelo no tiene el menor movimiento. En otras ocasiones, éste gira y abajo cuando mucho un ligero soplo. No le di mayor importancia a esa observación.

Dos semanas después, casi amaneciendo llegué al rancho. Había hecho limpieza en casa, saliendo una serie de papeles personales ya sin utilidad, pensé quemarlos, no me gustaría verlos rodar por la basura. Encontré un lugar

adecuado, sin hojas secas alrededor para efectuar la maniobra. Día ideal sin viento, a unos 15 metros empezaba el verde pastizal y sin peligro de arder por algún papel que volara. Vacíé las dos bolsas de basura y prendí fuego.

Faltaría de quemarse la mitad de los papeles, cuando el pastizal hacía olas casi desde donde estábamos hasta lejanía. No se sentía viento y el humo ascendía en vertical. El rancharo y yo nos miramos extrañados, jamás había visto o leído yo de algo semejante. Menos de tres minutos y el pasto volvió a la normalidad. Al terminar la operación volví a casa sin encontrar una explicación.

Hacía varios meses conseguí de un amigo un Pontiac 1953 de seis cilindros, la familia lo tenía desde nuevo y hace algunos años parado en el garaje, aún en buenas condiciones para su edad (más de 60 años), con cariño eché andar este modelo de cuatro puertas. Encerado lucía bien, lo había pintado y rectificado el motor hacía 25 años. Trato que esté en forma original: carburador reconstruido, bobina, cables, bujías y mangueras nuevas. También cambié el embrague, frenos, amortiguadores y hasta conseguí llantas convencionales de medida original después de mucho buscar.

Dos semanas después, iba a pagar la raya al rancho, deseaba probar el Pontiac. Era un día muy caliente de julio, el vehículo nunca ha tenido aire acondicionado, ventanas abiertas incluyendo las traseras. Antes de llegar, el camino es una recta de más de tres kilómetros con dirección hacia el Este. A menos de 500 metros de la entrada del rancho, los árboles a ambos lados de la carretera se bamboleaban como si un vendaval azotara la región. Tomé firme el volante y para mi sorpresa, no sentí el más mínimo soplo

de aire. Paré, abrí la puerta y el espectáculo de los árboles seguía en su apogeo, aunque no sentía el viento. Tres minutos después paró.

¿Pensarían los vegetales?, nos querían comunicar algún mensaje, ¿alguien estará haciendo este “truco”? Preguntas así venían a mi mente. Con Teodoro volví a comentar el caso, la única novedad es que en dos ocasiones después de ese fenómeno vio un automóvil blanco, saliendo de una brecha casi enfrente del rancho (50 metros al Oeste), pero no pudo ver al conductor. 12:20, el ranchero me acompañó a la salida, abrió la puerta y me dijo.

—El mismo automóvil blanco está a la salida de la brecha.

Dos personas, un hombre al parecer de unos 60 años, algo pasado de peso con lentes de aro grueso y un joven, que apresuradamente colocaron algo en la cajuela. Me despedí de Teodoro y me propuse acercarme al vehículo, un Toyota Camry de modelo reciente. Sin duda adivinaron mi pensamiento y rápidamente salieron rumbo a la ciudad. Arranqué a lo máximo posible, al acercarme al Toyota aceleró más y se alejaba de mí. Dejé la persecución al marcar la aguja 150 k/hr en una ligera pendiente. No tuve tiempo de cerrar ventanas, el ruido y viento hacía sentir que fuera a más de 200 k/hr. Pronto el Toyota fue un punto en el camino. Afortunadamente mi automóvil aguantó el castigo.

Cuando iba al rancho lo hacía en el Malibu 2015, no quería sufrir otra humillación así. Pasaron tres meses, no se movieron más los árboles y pasto así, tampoco volví a ver el vehículo ni sus pasajeros.

Una tarde fui al supermercado, por costumbre me estaciono algo lejos, para así caminar algo, llevaba el Pontiac. Apenas iba a entrar a la tienda y veo la figura de un hombre que llevaba un carrito de mandado, me recordó al que perseguí. No se dio cuenta de mí, me propuse seguirlo. Se dirigió hacia el Toyota Camry, no había duda, era él mismo. Cuando colocaba las bolsas en la cajuela, me acerqué y con toda cordialidad lo saludé, agregando.

—Es rápido su automóvil, mucho más que un Pontiac 1953. Por más que deseé nunca pude alcanzarlo en la carretera.

Me vio sorprendido, hasta asustado. Agregué.

—No quiero causarle ningún problema. No soy espía ni deseo averiguar cómo lo hace. Quedé impresionado por ese poder y lo admiro por la forma de mover el reino vegetal.

Después de ese encuentro, empezó una tímida amistad de su parte.

Veía a Homero una vez por semana para desayunar en algún restaurante. Su conversación era muy agradable. Con el pasar de las semanas me contó.

—Soy viudo, tengo un hijo e hija pero viven fuera y no muestran el menor interés en mis investigaciones. El joven que me acompaña en mis experimentos es un sobrino mío, tiene un negocio de refacciones, en su tiempo libre juega carreras de automóviles, en una ocasión participó en NASCAR —“Con razón ni cerca estuve de alcanzarlos”—. Con él me llevo muy bien y compartimos ese interés por la ciencia.

Evitaba hacer preguntas sobre su investigación, un día me informó.

—Creo no hay manera de hacer la “danza de los vegetales” en manera pequeña y controlada. Es algo así como una explosión atómica, que yo sepa no se puede hacer un “estallido de bolsillo”, se necesita un mínimo de masa crítica. Tengo un terreno casi frente a tu rancho, cuando hacía el experimento incluía una franja muy amplia que llegaba hasta tu propiedad. Deseo hacer algo semejante sobre metal. No sé si tendrían un comportamiento pacífico como los vegetales, necesito un depósito de chatarra o cementerio de vehículos; de preferencia aislado, no lo he encontrado.

Esa noche al dormirme, mi subconsciente seguía pensando esas palabras. Al despertar, tenía una respuesta, había encontrado el lugar adecuado.

Tres días después me reuní con Homero, le di buenas noticias.

—Sobre tu plática anterior, encontré el lugar ideal. Ya hablé con el dueño, es pariente mío, le dije que un científico deseaba probar un potente imán, si me permitía hacerlo en su terreno, contestó. “Encantado, hasta que por fin servirá para algo las tonterías que efectué y aún me sigue regañando mi esposa. Le hablaré al ranchero que cuida ese lugar y esté listo para recibirlos. Es el mismo de siempre, ya lo conoces”.

Con asombro, Homero dijo.

—¿Qué tonterías?

Compró ese lugar, hace unos 40 años, había restos de una máquina de hacer ladrillos, otra de blocks; de un camión Studebaker y un Hudson 48, de los cuales aún se

distinguía la marca. A un kilómetro de la entrada estaba una casita con una palapa, ahí efectuaba comidas familiares, o con amigos. Se le ocurrió conseguir automóviles inservibles y ponerlos como adorno en el camino interior, luego de más de 10 adquisiciones, cambió la situación, llegó tiempo de inseguridad y para colmo nueva carretera, quedando esa casi abandonada. Visitaba poco el lugar, la “Avenida de los Carros” se llenó de hierba, hasta víboras anidaban en los vehículos. En época de dura sequía de un rancho vecino llegó el fuego, todos fueron alcanzados, algunos más que otros, pero a pesar de eso, aún se reconocen los modelos. Me gustaría lo fuéramos a ver.

Homero rió mucho con la historia. Al visitar el lugar, le encantó.

Días después me presento a su sobrino Luis, simpático y sencillo.

Llegó el día esperado, a las 7:00 pasé a su casa en mi camioneta, les ayudaría a llevar varios aparatos. Lo último en subir fue una podadora de césped, se me hizo una extravagancia. Homero me acompañó y Luis en el Toyota. Como duraríamos varias horas allí, llevábamos tortas, el ranchero aprovechó para salir. Recorrimos la “Avenida de los Carros”, Homero casi no distingue marcas. Luis es diferente, aunque es joven, sabía de vehículos de casi cualquier año. Con curiosidad fue viendo uno por uno y comentaba las características. En algunos me preguntaba dónde los consiguió, como un Nash 1950, traído en camión desde San Luis Potosí, paró ante los restos del vehículo más castigado por el incendio.

—¿Qué es esto?

—Un Simca 1000 de los sesenta, de unos gringos, el motor sufrió severísimos daños, lo encontré abandonado en un taller y lo traje.

Frente a la “Avenida de los Carros”, hay un pequeño montículo, colocamos ahí los artefactos así como dos plantas portátiles de electricidad. Nuestros vehículos quedaron atrás a salvo de experimentos. Luis llevó la cortadora de césped y la puso al frente de aquella hilera de vehículos, la echó andar en el primer tirón de la cuerda. Luego me vio y agregó.

—Espero arranque así después.

Ya en el montículo, se encendieron los dos generadores. Unos minutos más empezó el gran experimento.

Se colocó una cámara para registrar todo. Un minuto y todo tranquilo. Se dio más potencia. Un minuto después se empezaron a mover en forma desordenada los automóviles. Incluyendo los restos de las máquinas de ladrillo y block. Como en un temblor se movía la cortadora de césped de un lado a otro (había quedado en un lugar liso y plano). A diferencia del reino vegetal, no había armonía en los brincos y movimientos, era una danza grotesca. Un minuto más Luis detuvo aquello por sobrecalentamiento de los aparatos.

Todos nos vimos sorprendidos, de mi parte yo asustado. Empezamos a recoger el equipo y subirlo a la camioneta. Luego acompañé a Luis por la máquina de césped, no pudo ni siquiera intentar arrancarla con el cordón, estaba trabada. La llevó a la camioneta y dijo.

—Ya la revisaré.

Bajar y acomodar los artefactos, luego desmontarlos y a la camioneta, nos dio hambre, terminó en día de campo con ricas tortas y buena plática. Luego a casa de Homero a dejar el equipo. Quedamos de guardar silencio sobre el experimento.

Dos semanas después vi a Luis, tenía noticia.

—Intenté desarmar el motor Briggs & Stratton de la podadora en casa, no pude. En un taller mecánico rompieron varios tornillos, estaban torcidos y hubo que sacarlos con machuelo, otro perforarlo con taladro. El misterio era que la biela se torció e impedía girara el cigüeñal. Pensaron fue por falta de aceite. Tengo pensado ir a “Avenida de los Carros” y averiguar si están extraíbles los tornillos de motor y ruedas. ¿Me acompañas?, llevaré aflojatodo.

—Claro, vamos, pero si tornillos y demás partes están dañadas, hay que tener suma discreción, este invento se ha convertido en una eficiente: “Arma de Descompostura Masiva”.

Festival literario

Lejos estoy de considerarme una brillante escritora. En mi ciudad se organizó un festival de lectura para todos los creadores con algún libro publicado: novela, cuento, poesía o ensayo. Me inscribí y fui aprobada. La lectura sería de cinco minutos, los que llevaran novela, leerían una parte hasta por ocho minutos. Yo participaría con un cuento, de mi libro “Viaje sin Pasaporte”, su lectura con voz pausada duraba casi 5 minutos.

Un sábado en la tarde empezó el Festival Literario en la plaza bajo una gran carpa, sillas para 250 asistentes. Se inscribieron 44 personas, un tumulto comparándolo con actos similares; gracias a que Promoción Literaria rifaría al final entre los concursantes un buen número de premios, desde una motocicleta hasta computadoras, además reconocimientos por participación. El orden de lectura sería el de inscripción. Quedé en el lugar 22.

No falta el cascarrabias, que me dijo: Con eso de los premios, han hecho trampa, entró un profesor con libro

de matemáticas, según él lo escribió pero es una copia vil, mínimo se duerme la mitad cuando lea.

A las 16:00 en punto empezó. Poesías superaban demás géneros. Para agilizar pasábamos de seis en seis a la tarima. Cuando subimos, leería en quinto lugar, así es que mientras podría observar al público. El cascarrabias tenía razón, aún no pasaba el profesor de matemáticas y había dos personas dormidas. Aparte de rostros aburridos. En tercera fila, me llamó la atención un hombre con traje, corbata y sombrero, por su porte y elegancia parecía de una película de los años treinta o cuarenta, pero a colores. Escuchaba atentamente todo, me impresionó, lo miré con insistencia, pero no se fijó en mí, estaba absorta observándolo cuándo una voz dijo: “Tú turno”. Un vistazo al reloj, 18:14, empecé a leer. Como es costumbre, una ovación al terminar, el hombre trajeado con sombrero me aplaudió con entusiasmo; luego bajé de la tarima, no lo vi más. En el lugar 40 pasó el profesor de matemáticas, aún no terminaba de leer el prólogo y algunos abandonaron el recinto.

A las 20:30 terminaron las lecturas, quedaba menos de 100 asistentes, muchos rostros se veían cansados. Seguía la rifa, obtuve una tabla electrónica con no sé cuántas funciones en pantalla. Pasaban las 21:00, llamé a casa, pasarían mis papás por mí en automóvil, cansada me dirigía al sitio dónde nos encontraríamos, la plaza empezaba a quedarse vacía, cuando el hombre elegante me dice.

—Sería tan amable de escucharme unos momentos.

Quedé sorprendida al escuchar aquella voz varonil, de un tono agradable, como el mejor artista o locutor.

—Sí, dígame.

—Escuché todo atentamente, la mitad era pura porquería, un 20% no lo entendí, el 25% era medianamente soportable. Sin duda su texto fue con mucho el mejor de todos. Quiero felicitarla por el relato, da esperanza, se afirman valores de ética y lealtad, además de la belleza.

—Agradezco muchísimo sus elogiosos comentarios. Me levantan el ánimo.

Nos despedimos de mano. Iba a iniciar mi marcha cuando dice, con su voz encantadora y toda seriedad.

—Le diré una confidencia, lo puede contar dentro de una hora, ya me habré ido. Hay planes para invadir la Tierra y transformar tanta porquería que hay, soy un investigador. Gracias a su relato, votaré para aplazar eso, veo que aún hay gente muy valiosa. Señorita, salvó usted la Tierra.

Quedé pasmada, no supe qué contestar, apenas le iba a dar las gracias, cuando desapareció.

Llegó el coche, al entrar aunque no había pasado una hora, no pude más y conté todo a mis padres terminando con “salvé a la Tierra”. Mamá dijo.

—Ni comentes eso con nadie, es una tomadura de pelo, no falta algún bromista con deseo de burlarse de ti.

Han pasado más de cinco años, estoy casada y tengo dos niños. Cuando me entero de nefastas noticias, me pregunto: si no hubiera leído mi cuento, ¿estaríamos mejor?

Proyección

Conversando una tarde con dos buenos amigos de la infancia, Joel y Fernando ambos de edad similar a la mía (49 años), sobre qué habíamos hecho en la vida.

Fernando era un arquitecto prestigioso, construía casas, edificios y conjuntos habitacionales, sin duda el más exitoso. Yo en literatura publiqué varios libros, claro, no de éxito mundial, pero gustaron. Joel nos hizo ésta confesión.

—Sin duda no he destacada en nada especial. Tengo familia, vivo bien sin grandes lujos, nunca brillé en algún deporte o actividad. Hice pocas pinturas, no concursé por ser excesivo con los detalles, tardaba mucho para terminarlos. He imaginado historias, sin duda mejor que muchas películas, pero me falta esa chispa y disciplina para poderlos escribir, para colmo ataques de timidez al descubrir las tonterías que pienso, han impedido hacer el intento.

Hizo una pausa en la plática, dio un sorbo de refresco.

—Hace varios meses, una tarde recostado en el sofá de la sala, descubrí algo sorprendente sobre mí. Me contaba en una aventura en un lugar remoto, temeroso por la

aparición de algún tigre, lo imaginé con detalles, al mirar hacia la televisión, que estaba apagada, ahí estaba ¡un tigre de bengala a tamaño real! La aparición duró unos 10 segundos, al terminar solté un grito aterrador, mi esposa llegó rápidamente, dijo. —¿Qué te pasó?—. Exclamé: ¡Una pesadilla!

Sin duda por la expresión de Fernando y la mía, Joel agregó.

—He seguido entrenando, una o dos veces al día puedo hacer una proyección por un momento, si no estoy cansado. Intentaré hacer una ahora.

Señaló a la entrada de la sala, terminaba en un pasillo donde está un juguetero con recuerdos de viaje, incluía: llaveros, matrioska, cochecito comprado en un museo, barquito dentro de una botella... Los recuerdos fueron tapados, un enorme ¡oso pardo rojizo!, parado en sus patas traseras alcanzaba más de dos metros, con actitud desafiante. Ante esa brutal sorpresa nos paramos con deseos de huir, pero la única salida era el pasillo. Unos 7 segundos duró esa aterradora visión, con ligeros movimientos.

En silencio nos sentamos para recuperarnos del susto. Joel, agregó.

—Disculpen si los asusté. Imaginen qué sentí la primera vez que lo hice.

La plática continuó, asombrados le preguntábamos si ha usado ese poder en público y hasta cuánto tiempo puede prolongar la visión.

—Aún no he usado ese poder, no he tenido necesidad, tampoco deseo hacerlo en reuniones. Después pedirían más, hay días, por cansancio o malestar no puedo

hacer “proyecciones”. Por mi forma de ser, me agotan los detalles.

Me atreví a sugerir algo a mi buen amigo.

—Es fantástico lo que haces y súper real. Podrías hacer otro tipo de “proyecciones”. Deja explicarme, pintar una vaca, oso hormiguero o lobo, para verse real, es difícil. Pero pintar un marciano, es más fácil, nadie ha visto uno.

Sonrió, agregando.

—Buena idea, la tomaré en cuenta. Aunque no quiero acabar “proyectando” una piñata mal hecha.

Todos reímos, Fernando dijo.

—Hacer una piñata de la nada, aunque sea sin finos detalles, ha de ser simpático y menos aterrador que un enorme oso.

La plática se interrumpió, llegaron nuestras esposas, habían ido a una reunión de amigas. Breve plática antes de retirarse, al pasar por el comedor la mujer de Joel exclamó.

—¡Quién dejó ahí esa piñata. A medio hacer!

Todos mirábamos la mesa, sobre ésta, acostado el pato Pascual, decorado con papel azul y blanco, al pico le faltaba el color amarillo, la esposa de Fernando agregó.

—Piñata del tercer...

No pudo terminar frase, desapareció la visión. Comentarios de “juraría haberla visto”, o “cómo desapareció”, se escucharon.

Joel agregó, sin duda prismas del candil combinados con el candelabro y luz del pasillo dieron esa ilusión.

Terminó la reunión, salimos asombrados. Dentro de dos mes sería una comida en casa de Fernando, con las esposas.

Puntual llegamos a la comida. Tiempo agradable, platicábamos los amigos en la terraza, daba al patio trasero. Surgió la pregunta inevitable.

—¿Harás una proyección hoy?

—Seguí consejo, ahora también proyecto cosas más simples. Por tensiones del trabajo y arreglar papeles en casa, no he dormido bien. Haré algo sencillo, de sesión espiritista pero a plena luz del día.

Señaló hacia el camino la cochera. Al mirar estaba una silla, “genérica”, simple como muchas color gris. Observábamos atentamente, empezó a deslizarse despacio por el piso, hasta desaparecer dentro el garaje. Quedamos asombrados. Fue tan real, que Fernando fue a buscarla, pero no había nada.

Un mes después, leía en el periódico un artículo sobre un suceso que causó pánico en la ciudad. En un edificio al ingresar, por seguridad piden identificación para ir al correo, telégrafo y oficinas. Se efectuó cambio de guardia combinado con fallo momentáneo de electricidad, se reinició la computadora, aquello iba lento, una fila de más de 15 personas. Dicen los testigos, que apareció un enorme oso color rojizo caminando tranquilamente. Desató un pánico entre los que intentaban entrar como a los que salían. Gritos y ataques de histeria, gente corrían. El oso subió por la escalera. Unos 30 testigos aseguraron verlo. Parecería un acto de hipnotismo colectivo, pero una persona que tomaba una foto a la novia, sin querer lo captó; al igual que otro, conscientemente lo retrató en la escalera. Policía, protección civil y bomberos; auxiliados por conserjes y personal del edificio lo buscaron

por todos lados, incluyendo bodegas y marquesinas, no se encontró. Ese lunes en la mañana, estaban dando servicio a las cámaras de vigilancia, no hubo grabación.

Días después me encuentro a Joel, luego de los saludos digo.

—¡Que susto diste en el edificio!

—Así fue, traía prisa. Lentísimo iba avanzando la fila, me concentré, efectué esa broma. Entre la confusión pasé tranquilamente al correo a enviar un paquete, aún no llegaba ahí el alboroto, me atendieron rápido. Al salir del edificio me preguntaron si lo vi. Contesté: “No, no, estaba leyendo un folleto”.

—Sirvió tu poder para no perder tiempo.

—Por primera vez lo use en algo útil. Te pido un favor. No le digas a nadie.

—No te preocupes, guardaré el secreto.

Elasmóvil

Luego de año y medio fuera del país, al regresar fui emocionado a visitar a mis amigos inventores. Aunque había estado en comunicación telefónica, no sabía mucho sobre las últimas novedades. Luego de saludarnos, Joaquín dijo:

—“Te extrañamos, tú eres nuestro piloto. En una noche de insomnio nació la pick up de reselástico. Entusiasmado le conté a Guillermo y empezamos la construcción. No hicimos cálculos ni diseños de computadora. El plan era una plataforma del mismo grosor que las paredes interiores de las casas, claro, la carrocería sería más delgada para manejo y darle forma. Una cosa es pensarlo, hubo necesidad dejar un hueco para el mantenimiento del motor, así como espacio para la barra de cardán por ser de tracción trasera. En las casas, paredes, pisos y techos al estar unidos con pegamento adecuado forman un cubo de gran resistencia, en la camioneta no era suficiente, sólo pasaba en la cabina. Al cruzar vías férreas o superficies onduladas, aunque no se escucha ningún traqueteo, sientes que

se va a desarmar por la flexibilidad del bastidor. Con una carga de media tonelada la situación es de terror en carretera sinuosa o en pavimento irregular. Sólo hicimos una”.

Me llevó a verla, color crema, no lucía mal. Luego me invitó a conducirla —diciéndome— “conduce alegre”. Me puse el cinto de seguridad, di algunos giros violentos, pasé por ondulaciones y por camino sin pavimento, fue más que suficiente para saber del problema. Luego me dijo.

—“Tarzán nació en una noche de insomnio allá por 1912, como confesó Edgar Rice Burroughs. Fue todo un éxito. Mi idea de la noche de insomnio había sido un fracaso, pensé que todo estaba terminado. Pero Guillermo se entusiasmó e hicimos otro intento. Ahora sí, práctico y confiable”.

En el garaje estaba una pequeña furgoneta, como las que reparten frituras o mercancías en muchos negocios. Me comentó.

—“Es tracción delantera, su carrocería monocasco de reselástico forma un cubo muy resistente, a la vez flexible, de gran ayuda en accidentes. Entre el compartimiento del conductor y la carga hay una pared con pequeña puerta ovalada, esto le da más rigidez. Después de varios ensayos, logramos darle el color blanco a la carrocería, puede salir así, la ventaja es que todo el reselástico es de ese color incluyendo el interior, un pequeño raspón es fácil reparar, aunque si deseas puede pintarse de cualquier tono. Esta es la número tres. Examínala y condúcela, de preferencia de forma “alegre”.

Las puertas embonaban muy bien, igual el portón trasero. Asiento del conductor cómodo, también la posi-

ción de manejo. Ya frente al volante encendí el motor de 4 cilindros de 1,200 centímetros cúbicos y arranqué. Qué diferencia, se sentía normal, suave en vías férreas, ondulaciones y camino sin pavimentar. La suspensión evitaba cualquier molestia, aparte ayudaba el reselástico. Quedé encantado con la furgoneta. Incluso me gustaría tener una para uso diario. Luego, me llevó a la número dos construida, estaba en reparación, antes de decir yo algo, él comentó.

—“La llevamos a una prueba de choques, de frente a 60 kph contra una pared de acero y pegando sólo la parte del conductor. No usamos bolsas de aire, salió muy bien en la prueba, al igual que en la de choque lateral. Los maniqués (dummies) sufrieron daños mínimos. Lo más notable es que después de una prueba de esas, un vehículo es pérdida total para un seguro. El nuestro salió apachurrado en el cofre, guardafangos, defensa, puertas, una de ellas se rompió la chapa. Al paso de las horas, como magia, lo hecho de reselástico empezó a volver a su forma original en un 95%. Claro, hay partes inservibles: focos, radiador, conexión de combustible, el bastidor de acero donde se coloca el motor. Lo estamos reconstruyendo, creo se quedará para servicio de la fábrica. Hay pequeñas ondulaciones en un guardafango, puertas y cofre del motor. Quedaron como recuerdo de cuando sacó cinco estrellas en seguridad.

Adrede hemos hecho que vuelque a 50 kph en una cuneta la unidad que probaste. Fuera de unos raspones insignificantes y daño en los espejos laterales (los cambiamos), quedó intacta. En unos meses más empezaremos con producción en serie. El precio será un 30% o menos

que el equivalente de la competencia. Ya tenemos más de 20 pedidos, muchos de ellos pagados”.

Me entusiasmé con el vehículo, al despedirme le dije.

—Sin duda la lista de espera para tan eficiente vehículo será mucha, pero me apunto por si desean vender el frankenstein que están reconstruyendo.

—“Bien, es tuyo”.

Atentado

Han pasado varios años del desastre aéreo que costó la vida a dirigentes políticos. Quedamos de nunca hablar de eso ni entre nosotros, menos con otras personas. He decidido escribir esta pequeña reseña. Para que en un futuro se conozca nuestra participación.

Casi cuatro años después del triunfo transparente y democrático del nuevo Presidente, se fue desviando de las promesas electorales, postulados de su partido y tradición nacional. Como suele suceder, los medios de información manipulados, así como un mundialismo partidario de esa trayectoria, le brindaba un fuerte apoyo.

Detenidos los planes de carreteras, vías férreas, hospitales y proyectos prácticos; en su lugar beneficios millonarias a miserables e indolentes. A los pocos meses la mayoría de esa gente despilfarraba el dinero, quedando igual. Sin ningún beneficio a la nación. Se daba caridad en grado superlativo, muchos vivales dejaban de trabajar y se apuntaban en el plan de ayuda. Gente del gobierno hacía fortunas exorbitantes en cosa de meses. Las reservas

internacionales estaban al mínimo de los últimos 30 años. Aparte, se tramitaban grandes préstamos.

El gobierno pasó de ridiculizar a la oposición ante los medios locales e internacionales, a eliminar a los activistas de diferentes maneras: accidentes, asesinatos o desaparecerlos. Se discutía, ¿qué se podría hacer? Matarlo, es casi inútil, seguiría el número dos con mismo pensamiento. Eliminar a los dos, lo substituiría el número tres, peor que los dos anteriores, además tiene una seguridad impresionante. De vez en cuando viajan al extranjero, acompañado por los principales consejeros. Si se pudiera accidentar el avión se haría un bien a la nación y generaciones futuras. Movimiento Patria necesitaba gente de confianza y de preferencia de bajo perfil. Luego de varias entrevistas y de mi trayectoria, fui seleccionado.

En una bodega abandonada a las afueras de la ciudad fue la reunión con los otros dos compañeros que efectuaríamos “Operación Papalote”. Un hombre de 70 años, un joven de 23 y yo de 34. Escuchábamos atentamente a una persona de 50 años, con seriedad explicaba el plan.

—...el punto crítico de un avión es al despegar, va a toda potencia y devora la pista, ya no hay forma de abortar el vuelo. El avión donde viajará el Presidente y sus principales colaboradores, despegará entre 250 y 285 kph, dependiendo del peso.

Estarán situados cerca del aeropuerto en un taller mecánico, con cobertizo, casa y amplio patio. Ahí los esperará una furgoneta, como las que reparten frituras o refacciones, en la parte de arriba, un “cañón” que enviará una carga de iones, a su paso corta la electricidad. Apuntarán

al avión apenas deje el suelo el efecto no es instantáneo, a los ocho segundos empieza las fallas de electricidad. El encargado del cañón seguirá señalando al avión hasta que esté casi arriba, no caerá sobre ustedes, aún llevará suficiente velocidad. La nave ya habrá entrado en pérdida, aunque recobre la plenitud de su potencia será tarde. Para alimentar el artefacto, estará un camión mediano con eficiente motor diesel y generador en la plataforma; suficiente para alimentar un centro comercial o la feria de un pueblo con sus juegos mecánicos.

Después de escuchar el plan, salido de un cómic, ni a cuento de Ciencia Ficción llegaba. Se hizo un silencio prolongado. El hombre dijo.

—¿Alguna pregunta?

Con timidez me atreví a decir.

—¿Es una broma?

Por momentos pensé había metido la pata. La contestación me dejó tranquilo.

-No, no. Es un plan efectivo, ya se ha probado el artefacto y funciona. No se puede aún prolongar por más de 35 segundos, la fuerte corriente y la lentitud del convertidor, dañarían al aparato, pero ese tiempo es suficiente. Cada uno tendrá su función. Pero en caso de emergencia, cualquiera puede ser remplazado por otro de ustedes. Con dos personas se podría, por seguridad serán tres.

Al terminar la operación, apagar el motor del generador. Desconectar línea que lleva al cañón. Salir con toda normalidad en la camioneta y el camión. Ya se les dirá a dónde irán. No es necesario sepan sus nombres, sus apodos serán la edad actual.

Días después empezaron los entrenamientos en un rancho solitario. Ahí conocimos la furgoneta Chevrolet, no se notaba nada extraño, por los lados letreros de cercas eléctricas para ganado y paneles solares. El camuflaje del cañón en la parte superior pasaría una inspección sin llamar la atención. El entrenamiento incluía una avioneta de doble ala de fumigación. A más de dos kilómetros al despegar lográbamos apagar el motor. Por su gran sustentación aérea (podía volar a 40 kph), aterrizaba sin problema en el amplio llano de tierra.

Todos logramos dominar apuntar el cañón, el mejor fue 23, él sería el titular. Conducir el camión, hacer conexión eléctrica, acelerar el diesel para máxima potencia y apagarlo, todos pasamos la prueba, pero fui el mejor y quedé de titular. Desconectar al finalizar la toma eléctrica, irse con 23 en la camioneta el titular sería 70. Luego saldría yo en el camión a un lugar diferente.

Llegó el día esperado. Un amigo de Movimiento Patria me fue a dejar casi a las siete de la mañana al taller, algo más de un kilómetro donde terminaba la pista, a un nivel tres metros arriba. Saludé al velador, que se retiraría y volvería al anoecer. El camión en el patio, la furgoneta bajo un techo de lámina, más tres vehículos de reparto de frituras, una sobre el foso de servicio. Portón grande y alto de rejas dejaba ver casi todo el interior, nada sospechoso. Soldados y elementos de seguridad efectuaban rondines, no llamamos la atención. Me dirigí al camión, revisé motor y generador. Cinco minutos más y llegaron los compañeros. Movieron la camioneta, quedando tres metros adelante, con excelente vista a la pista.

La salida del avión estaba programada a las 9:00 horas, seguro sería puntual, habría una ceremonia de escolta de la fuerza aérea, que saldría de un aeropuerto cercano. Prendí el potente motor del generador, estaría en ralentí hasta el momento de acelerarlo, faltaba algo más de una hora. Se efectuó la conexión con el cañón. En la que había baterías que simulaban se cargarían por si apareciera un curioso. El camión con su cabina blanca y letras “Electricidad Portátil”, no despertaba sospecha.

8:30 llegó el mecánico, abrió el portón del taller. Nos contó brevemente que su hermano había sido asesinado por el gobierno.

Casi las 9:00, con binoculares, 23 observaba la pista. Por teléfono nos avisaron: “El avión empezó a moverse”. Luego otra llamada: “Ya en pista, prueba motores”. 70 dijo.
—Despegó.

En instantes se prendió una luz verde en la plataforma, aviso que el cañón estaba activado. Concentrado en el tacómetro, temperatura y presión de aceite, no vi cuando pasó sobre nosotros el avión a baja altura.

A lo lejos escuché el silbido de las turbinas donde volvieron a funcionar, era ya tarde, luego un estruendo, explosión y humareda. Todos cumplimos nuestra función con precisión militar, arrancamos los vehículos y salimos, lo último que recuerdo de ellos fue despedirse con un ademán. Al mecánico no lo vi, estaba en el foso. Después humo, pasto, papeles y basura flotaban ardiendo. Pronto perdí de vista a la furgoneta. Me dirigí al parque con altos árboles donde entregaría el camión, a la sombra de éstos paré. Con satisfacción me recibieron dos personas, tan pronto bajé,

otra subió al camión y salió. Luego, un automóvil me dejó en un edificio de estacionamiento en el centro.

Post Scriptum

Pasaron cinco años, el país estaba estable y viento en popa. La hermana menor de mi esposa se casaría. Claro, habría que asistir. No conocía al novio. Por trabajo no pude asistir a boda religiosa, llegué directamente al banquete, ya tenían mi lugar separado. Fui a felicitar a los esposos, primero a Teresa. Al saludar al novio quedé sorprendido al igual que él. Por unos segundos no supimos qué hacer. Era 23, no había duda, ahora elegantemente vestido. Lo abracé felicitándolo. Él me dijo en voz baja: “Mucho que platicar”. Agregué: “Nos vemos en el baño en un rato más”.

Con discreción me dirigí al baño, instantes después él entró. Luego de echar cada uno un vistazo que no hubiera nadie, dijo:

—Me alegro verte, a veces pienso que todo fue un sueño. Hace dos años a lo lejos vi a 70, lo seguí y me acerqué a darle las gracias —meses antes habían descubierto a un traidor y ladrón en un puesto importante. Necesitaban alguien de plena confianza. Por su descripción supe que 70 me recomendó ampliamente.

Al estar a su lado, dije:

—Quiero agradecerle sus atenciones por su recomendación. Con eficiencia cumplo mi deber. Muchas gracias —paró su andar por unos momentos y con seriedad contestó:

—¿Gracias?, yo no he hecho nada por usted —luego sonrió y agregó:— Aquello nunca existió. Sigo en ese puesto, estoy muy contento. Obvio, 70 no quiere ni en broma recordar eso.

Le dije que el hombre que nos explicó el plan en aquella bodega, un día apareció en mi casa, me ofreció un trabajo muy bueno que aún conservo. Le agradecí. No lo he vuelto a ver. Reconocieron nuestros méritos y lealtad. Pero no tienen interés en saber nada de papalotes.

Volví a la mesa con mi esposa, ella vio cuando nos saludamos. Agregó.

—Se abrazaron con mucho entusiasmo y alegría, ¿ya se conocían?

—Sí, hace años en una marcha contra el nefasto gobierno anterior, la disolvieron a golpes y gases, al correr tropecé con una llanta que pensaban quemar, él se detuvo y me dio la mano, un gesto así no se olvida.

Bueno, no podía contar la verdad.

De vez en cuando vuelven a salir noticias de la investigación del accidente, costó 214 muertes entre tripulación y pasajeros, más 30 muertos en tierra. Sigue siendo inexplicable. Espero continúe así.

De enfermedades

A diferencia de otros muchos, yo soy alérgico a platicar de enfermedades, les llamo temas de “realismo maniático”.

Cuando niño, en vacaciones iba a pasar unos días con mi primo a Ciudad Arboza, de 20 mil habitantes, situada a 200 kilómetros, otras veces él venía a casa. No recuerdo bien, si fue cuando tenía 10 u 11 años, en una Semana Santa al segundo día de llegar, escuché a mi tío Rogelio, esposo de la hermana de mamá, platicando con un amigo en la sala.

—...estoy harto, los robos siguen en la bodega, no sé qué hacer. ¿Que solución podría darles? Son la pandilla Los Amargos, tienen asolada la región, deben ya más de cinco muertes.

—Mira René, creo tener la solución. Les daremos una lección inolvidable, eso sí, te pido discreción total. He desarrollado un “arma”, al parecer indolora en su aplicación, de lenta acción y unos días después quizás estén en estado terminal. ¿Me permites ponerla a prueba en tu bodega? Sería la primera prueba con humanos, antes sólo la utilicé

en un lugar invadido de ratas y funcionó. Iremos mañana a instalarla en la bodega. Al salir, quiero que ningún trabajador entre, cierras la aldaba con candado nuevo, solo tú tendrás las llaves. Deja de cebo las cajas nuevas que recibas, tal vez se las lleven, pero será la última.

Mi primo Rodrigo se estaba bañando, detrás de un librero y quieto escuchaba esa conversación detectivesca, creo la más interesante que había escuchado en toda mi vida en dos gentes grandes.

Se despidieron quedándose de ver mañana después de comer. Le comenté a mi primo todo lo que había escuchado. Él me dijo.

—Según papá, construyó un arma eficaz, no deja huella. La prueba la hizo en el taller mecánico de un amigo, la invadían ratas salidas del drenaje que venía de un mercado. Unas cuantas se encontraron muertas, pero ya no volvieron.

Dos días después, al amanecer sonó el teléfono. Supe después era para decir que robaron en su bodega. Testigos aseguraron haber visto a Los Amargos salir de ahí.

Terminaron las vacaciones, volví a casa. Papá y mamá comentaban las noticias sobre la banda de Los Amargos, algunos de ellos ya muy enfermos, en estado terminal, fueron llevados a los hospitales de Arbora. Aunque ingresaron con nombres falsos, fueron descubiertos. Gracias a eso, fueron atrapados al poco tiempo los demás integrantes, incluyendo los que no participaron en el robo de esa bodega y estaban sanos. La historia que conmovió a la región, pero no llamó la atención la súbita enfermedad de los

delincuentes, por haber un historial de abuso en drogas, alcohol y vida desordenada entre sus miembros.

Al paso de los años, perdí contacto con mi primo, su familia se fue a otra ciudad distante más de 900 kilómetros. Olvidando esa plática escuchada en la infancia.

Treinta años después, en una reunión familiar, asistió mi cuñado, subdirector del principal hospital de la ciudad. Era obvio que sería abordado sobre la “epidemia”, tema ya nacional y aún sin respuesta oficial. El primero dijo.

—Tío, sobre el rumor de la epidemia de cáncer, ¿es cierta?, ¿por qué no han informado las autoridades sanitarias sobre eso?

—No sé qué decirles. Sí, hay un fuerte aumento de enfermos terminales, pero que sea por cáncer “tradicional”, por llamarle de algún modo, no es así. Es algo diferente y muy agresivo.

Otro pariente preguntó.

—Dicen que es la “enfermedad de los malos”, ¿es así?

—No soy detective o juez para saber si los enfermos tienen un expediente delictivo. Pero hay un patrón extraño, casi todos los enfermos están entre los 20 y 40 años. Antes que me vuelvan a preguntar sobre la afirmación poco prudente de la trabajadora social, les diré que es cierta. La mayoría tienen tatuajes tenebrosos y poco estéticos. También algunos con orden de aprehensión por asesinato, la presencia policiaca es poca y discreta. Están en un estado terminal sin fuerzas para escapar, además ante los dolores brutales, llegaron por su propia voluntad.

Luego se cambió de tema. No se insinuó que esa enfermedad fuera provocada, aunque estuve a punto de

hacerlo. Quedé pensativo y desconectado de la reunión, hasta escuchar la voz de mi esposa: —¿Qué te pasa?—. Diciéndole: quedé impresionado por la plática.

Al volver a casa, luego de la agradable cena familiar, no podía dormir. Otra vez el arma indolora, lenta y eficaz se encontraba en acción, eliminando a todo tipo de gentuza.

Al día siguiente, me propuse buscar a Rodrigo, por medio de parientes logré localizarlo, hablé con él.

Dos días después estaba en su casa. Amablemente fue al aeropuerto por mí. Me invitó a su casa. Le conté todo sobre la “epidemia”. Incluía mi labor de detective de tercera clase. Impresionado por el tema, fui a ver a Elena, la trabajadora social que filtró la información, ni en broma quería ver periodistas, otra y la despedían del hospital. Logré convencerla de tomar un café después de jurarle por Dios Santito que no trabajaba en ningún medio de información, ni quería perjudicarla. Me dio pormenores, a los malhechores con sobrepeso les afectaba mucho más rápido los tejidos blandos, en algunos casos en cuestión de horas. Me despedí de la atractiva mujer, regalándole una caja de chocolates por sus atenciones, claro, no comenté en casa sobre esto.

Creo otra vez está en acción aquella arma de tu papá. Haciendo justicia. Con seriedad contestó.

—Papá murió hace años. Sobre el artefacto, quedó arrumbado en el garaje, con el paso del tiempo, una gotera lo arruinó. Además mi padre desarrolló un cáncer, tengo la sospecha que esa investigación pudo haber influido, no había ningún antecedente familiar. Los papeles y diseño escritos en hojas sueltas, los guardé como curiosidad en la

caja fuerte. Sobre los acontecimientos en tu ciudad, no creo que tenga algo que ver papá. Te juro no tuvo ayudante o socios en ese proyecto. Sin duda otro descubrió esa arma, como suele pasar en la historia de los inventos, por diferencia de días o horas, se patentaron el foco incandescente o la llanta neumática.

Le pregunté por René, no sabía nada de él desde hace años. Hice hincapié, que por curiosidad había venido a verlo, a nadie había contado sobre aquella arma.

Al día siguiente me despedí de él y su familia, todos muy agradables. Pero aquel Rogelio compañero de juegos de infancia y juventud, había cambiado, bueno, sin duda, yo también, pero no tanto. Ahora Rogelio era muy serio, ceremonioso, todo un señor. Se le notaba en la forma de conducir el automóvil, ahora lo efectuaba de una manera pastosa. Pensar que llegué a sospechar que él era el justiciero.

Ya en casa, cuando salía el tema, pues seguía habiendo afectados. Decía a familiares y amigos de confianza.

—Es una arma, espero la controle nada más el vengador justiciero.

Inconformes

Fernando visita a su hermana, saluda a su sobrino Julio, entusiasmado dice:

—Tío, estoy haciendo una novela nunca vista.

Él, ha escrito libros de historia de los inventos, con interés dice.

—¡Qué bien!, ¿de qué tratará?

—Bueno, es de ficción histórica, pienso titularla: ¿Qué hubiera pasado, sin cristianismo? Pablo de Tarso, unos días después de caer del caballo al recibir la revelación y apenas empezar su misión, es asesinado por un fanático de su grupo que no permite esa traición. El cristianismo no prende, se va diluyendo en sectas. Constantino no las toma en cuenta y sigue el politeísmo.

El tío, asombrado responde.

—Julio, el mundo sería peor de como está.

—No lo creo, el cristianismo trajo cosas muy buenas. Pero dio pie a desarrollar un sinnúmero de ideas nefastas y angustiantes.

—Pero, ¿cuáles?

—Ese amor a los pobres. Ha fomentado limosneros y vividores. Para terminar en socialismos y comunismos. El comunismo es un cristianismo ramplón sin la otra parte de “no hagas a otros lo que no te gustaría te hicieran a ti”, ya para qué hablar los crímenes que hicieron para luego terminar en nada. Con la Roma Imperial y otros valores, el mundo sería distinto. Habría conciencia de raza, casta, dignidad y destino. La Biblia no se hubiera hecho y sobre el Antiguo Testamento, ¿quién leería un libro así? El Islam, basado en la Biblia no existiría. No habría tolerancia para crímenes horrendos y la pena de muerte estaría vigente.

—¡Zas!, qué fuerte. ¿Cuántas páginas tendrá?

—Unas 140, para que sea ágil. Pienso usar un seudónimo, muchos amigos son muy santurrones. Además, todos están en diferentes partidos políticos o votan por sus preferidos, los cuales en menor o mayor grado apoyan a parias y buenos para nada. Con personas cortas de ideas tendría problemas.

—Espero sea una idea pasajera y desistas de esa aberración.

Días después visita a su lindísima novia Rosa Guadalupe y ella dice.

—Julio, espero recapacites y no escribas eso. Vives muy bien, todos los días duermes siesta. Si por un encantamiento aparecieras en un mundo así, te traerían marchando y seguro te estarías quejando por estar en “*las tinieblas de la idolatría*” y con añoranzas cantarías: / ¡*Oh María Madre mía/ oh consuelo del mortal,/ ampararme y guiadme/ a la Patria Celestial!* /

Ante ese jaque a la descubierta, él no contestó y cambió de tema.

En Un Mundo Paralelo

Una Tierra similar a la nuestra, donde la historia se había desarrollado algo diferente.

—Sobrino, qué gusto verte, cómo has estado.

—Bien querido tío. Estoy escribiendo una novela de ficción histórica.

—De qué trata y cómo se llamará.

—Pienso ponerle: “Cristianismo, la Opción Olvidada”.

—Si te refieres aquel de la época de Constantino está olvidado y enterrado.

—Tío, precisamente de allí parte la historia, el cristianismo estaba avanzando. Constantino vio en las nubes aquel día el Águila Imperial y fue cuando empezó a combatirlos duramente. En la novela, Constantino ve ese día una gran cruz en las nubes, se convierte, fomenta el cristianismo y persigue el paganismo.

—Pero sobrino Julio, ¿qué monstruosidad estás escribiendo?, un mundo así, con esos fanáticos que se dejaban morir por la promesa de un supuesto paraíso. No dudo que habría personas valiosas en esa antigua secta, pero la mayoría eran buenos para nada, parias que nadie tomaba en cuenta, se reunían con otros de su calaña para sentirse mejor. No hubiera llevado a nada práctico esa religión.

—Tenían sus cosas buenas, los Diez Mandamientos de Dios; las obras de misericordia aplicadas, son ideas muy sanas: Dar de comer al hambriento, de beber al sediento, visitar enfermos, enseñar al que no sabe... También las Bienaventuranzas: ...los que tienen hambre y sed de justicia, los que tienen un corazón puro, los misericordiosos... Bien llevadas estas ideas de justicia con gran difusión, habría sin duda más cariño entre el prójimo.

—Querido sobrino, el imperio, sin necesidad de religión hace esas actividades: ayuda en invierno extremo a poblaciones en problemas, auxilio a Naturaleza Adversa, en las que has participado con tus camaradas en tu escuadra en terremotos, sequías e inundaciones. Misericordias y bienaventuranzas, son ideas, muy buenas, yo las apoyo, pero entre iguales. Imagínate ese cariño al *populus popularum*, ¿a dónde nos llevaría? Miles de flojos viviendo a costa de los ordenados. Miserables de países atrasados invadiendo las ciudades prósperas que se construyeron en milenios. ¿Cuántas páginas tendrá?

—Unas 120, pienso usar un seudónimo, algunos pueden creer soy un vividor. Quisiera más misericordia con oprimidos y los que cayeron en desgracia.

—¡Ay sobrino!, de gente buena como tú, se han aprovechado desde hace siglos: pobres, necesitados, enfermos, descamisados, abusadores, redentores, iluminados y pillos para sacar provecho; afortunadamente la gente de bien los ha descubierto a tiempo. Recuerda que mañana toca la marcha de Lealtad Imperial de Trémulas Banderas. ¿Participarás con tu escuadra?

—Tío, iré en primera fila con mi bandera. Con viento es dura lucha llevar la bandera ondeando, en calma hay que ir la moviendo; ahora será para mí un verdadero sacrificio, en servicio a Naturaleza Adversa se me enterró una uña, ya me curé pero siento molestia.

—Espero no te lesiones más. Luego platicamos de ese horroroso pasquín.

A las afueras de la ciudad se fueron reuniendo las escuadras participantes de la marcha de Lealtad Imperial para el desfile de cinco kilómetros. Con alegría saludaron al camarada, aunque sabía algo de sus ideas de bondad, no imaginaban lo que estaba escribiendo, lo hubieran visto con desprecio. Cantando con su “la la la” e himnos avanzaba la marcha, cada participante con la bandera de su escuadra. Este impresionante desfile reunía a miles de espectadores a nivel de la calle, también desde balcones, recibían saludos y aplausos. Sin duda el día más festejado en el Imperio cuando gracias a las escuadras leales este siguió existiendo.

Día soleado, temperatura 38 grados, sol fuerte. La marcha termina en un amplio parque. Por orden, no había vendimia ahí de nada. Muchos, aparte de cansados apenas podían hablar luego de cantar casi todo el camino. Con dolor en un pie y garganta seca, guardaba la bandera para avanzar más fácil, el viento arreciaba. Escucho una linda voz.

—Julio, ¡qué suerte encontrarte! Pensé que no lo lograría.

Era la novia, estaba radiante y hermosa. Él apenas pudo pronunciar.

—Lili Marleen, ¡qué alegría verte!

Le ofreció un termo con agua y un sándwich, se dirigieron a su automóvil. Ya recuperado logró decir.

—Vas a recibir un premio por esta acción.

Ella sabía de las ideas de extrema bondad y de la novela que estaba escribiendo. Agregó.

—Sí, quiero un premio, pero ahora. No en un paraíso con flojos, salteadores de caminos, buenos para nada, indolentes y arrepentidos.

—Mi lindísima Lili Marleen, la próxima semana comeremos en el Non Plus Ultra.

Una semana después en el famoso restaurante, Lili Marleen dice.

—Julio, si por un encantamiento aparecieras en un mundo donde triunfó la “Opción Olvidada”, conociéndote lo refinado que eres. En tres días quedarías harto de ver chusmas igualitarias invadiendo ciudades y con deseos de ir todas juntas al mismo paraíso. Añorarías estar en la marcha de Lealtad Imperial de las Trémulas Banderas.

Ante ese jaque a la descubierta, él no contestó y cambio de tema.



Año y medio después. En un programa cultural de televisión, el invitado en turno, famoso humanista comentaba: Cuesta trabajo pensar que alguien haya escrito una monstruosidad llamada “¿Qué hubiera pasado sin Cristianismo?”. Verdadero pasquín de 140 páginas, en que se burla del monoteísmo; igual de cada uno de los partidos políticos actuales; critica la beneficencia pública. Sostiene

que de no haber cristianismo, hubiera seguido el imperio romano promoviendo la civilización y estaríamos mejor, incluyendo el nivel tecnológico. Lo más increíble es que haya gente que lo compre. Aconsejo no leer esta obra escrito por un demente. Sospecho no se ha prohibido por miedo a ediciones clandestinas.

En un Mundo Paralelo

Año y medio después. En un programa cultural de televisión, el invitado en turno comentaba: Hace un mes apareció una novela de ágil lectura sobre una fantasía histórica: “Cristianismo, la Opción Olvidada”. Para los que no recuerden, es aquella secta judía de hace dos mil años, que fue duramente perseguida; sus últimos seguidores en regiones remotas y a nivel monasterio, terminaron hace unos 500 años por falta de quórum. La novela es sobre el triunfo religioso y político de las ideas cristianas y sostiene estaríamos mejor ahora. Si usted tiene un sentido del humor “especial” y logra terminar esta aberración donde ganó la idea de un solo dios; además el poder religioso, político y militar; favorecen a minorías raciales, parias, ladrones arrepentidos e indolentes. De seguro reirá leyendo tantas sandeces.

Monstruo de la normalidad

A Marco lo conocí en la juventud fue compañero en el colegio, congeniamos y fuimos buenos amigos. Tenía el don, digamos, una predisposición genética a comportarse con corrección y sus gustos estaban de acuerdo con la mayoría. Al paso del tiempo adivinaba lo que pensaría en muchas cosas o que película vería.

Su atuendo era el de moda (sin caer en extravagancia), al igual que sus palabras, no había duda que mi amigo Marco era un auténtico “monstruo de la normalidad”. En muchas ocasiones sus consejos me ayudaron: qué ropa comprar, tema a presentar en un trabajo escolar, el regalo de intercambio en Navidad o en cumpleaños de una amiga.

En ocasiones viajamos juntos, confieso que la convivencia habitual con un monstruo de la normalidad aunque uno lo estime, cansa, por ser tan previsible. Estudiamos carreras diferentes. Luego se fue a vivir a la capital del país.

Al paso del tiempo, traté de conseguir su dirección con otros amigos en común, pero no sabían dónde encontrarlo. Le perdí la pista. De los compañeros del colegio al

que más recordaba era a Marco. Pensaba, de seguro ahora podrá ser un triunfador en diferentes actividades: gerente de una fábrica de ropa, sabría lo conveniente; en un gran almacén visualizar los productos de éxito; en política descubrir el candidato ganador; de editor cuál libro publicar.

Si volviera a ver al Monstruo de la Normalidad le propondría hacer una quiniela de fútbol juntos o qué acciones comprar en la bolsa. A veces fue mi guía imaginario ante situaciones imprevistas de cómo ir vestido o la forma de comportarme. Cuando le comentaba esto a mi esposa me decía: estás obsesionado con el monstruo de la normalidad, ya le atribuyes poderes mágicos.

Un día en la sala de espera del aeropuerto lo encontré, con gran gusto nos saludamos, intercambiamos direcciones y teléfonos. Íbamos a diferentes destinos, quedé de visitarlo en mi próximo viaje a la capital. Me dijo ser gerente de una cadena de tiendas nacional. Luego supe ocupaba un cargo de los más importantes.

En la siguiente visita, me invitó a comer a su hogar. Un departamento cómodo y lujoso. Tenía la idea que viviría en una casa, pero reflexionando pensé: “lo normal en esta ciudad es vivir en departamento”. Me presentó a su esposa Patricia, bonita y agradable. Platicamos de tiempos idos. Rieron ambos cuando dije que aún ahora, era mi guía al tomar alguna opción al vestir o buscar un regalo, pensaba: “Marco de seguro haría esto”.

Había llevado una papeleta para la quiniela del fútbol, en un momento adecuado le dije me ayudara a llenarla, recordando su afición a ese juego (a mí no me llama la atención) pero deseaba efectuar ese experimento. Amable

como siempre, me sugirió hasta números de Melate. Me despedí del matrimonio, de él con un fuerte abrazo, quedando de verlo en mi próxima vuelta a la capital.

El experimento fracasó, la razón es simple, lo normal es perder. Regresé con mi esposa, ahora yo invité a Marco y Patricia a comer a un restaurante. Se levantó a ver un cliente, ella nos contó llevarse muy bien en el matrimonio, al hablar de los hijos (tenían tres, al igual que nosotros), dijo que ninguno salió con los gustos “genéricos” del papá. Pasamos un rato muy agradable con ellos. Antes de despedirnos, sospeché que ella era también un monstruo de la normalidad al 60%.

En el hotel comentó mi mujer.

—Ambos están un poco pasados de peso.

—Claro, es lo normal, según estadísticas.

Seguimos con ellos en contacto por varios años, en dos ocasiones vinieron a nuestra casa.

Un día nos llegó la triste noticia, nuestro amigo había muerto de un infarto, debido a tensiones, sobrepeso y lesiones en el pulmón, por años había fumado cuando estaba de moda.

Sin duda habrá muchos monstruos de la normalidad o por lo menos intentan serlos, pero como Marco lo veo difícil, él lo era al 100%.

Reportero de guerra

Estudiaba tercero de secundaria, se organizó una excursión escolar, salida sábado a las 7:00 horas para volver al anochecer. Entre los lugares a visitar, incluía un pueblito pintoresco, ahí comeríamos y luego a casa. El autobús estacionado frente a una plaza arbolada, había una sección que contaba con mesas con sus respectivas bancas, donde en época de exámenes reunía a estudiantes, ahora lucía sola.

De los cuarenta compañeros, tres optaron por quedarse en ese lugar, entrenarían ajedrez para próximo torneo, comerían en un restaurant cercano. Recuerdo como si fuera hoy cuando el coordinador del grupo dijo.

—Vamos muchachos, ¿dejarán de conocer este atractivo pueblito?

Javier Guzmán, contestó con un dejo de aburrimiento.

—Pero quién desea conocer un pueblo de indios.

Atardecía cuando volvíamos contentos del paseo, muchos aún con un vasito con gajos de granadas, delicioso. Hasta construcciones prehispánicas conocimos. Los

tres enajenados aún jugaban ajedrez, con el sistema el que pierda se levanta. Subimos todos al autobús y rumbo a casa.

Una semana después se organizó un concurso sobre ese viaje, los diez mejores relatos contarían para calificación de literatura. Cuarenta trabajos se presentaron. Hubo burlas a los que se quedaron en la plaza y tuvieron el descaro de participar.

En el salón de actos se darían los resultados. El director del colegio mencionó los diez con mejor calidad. Al final agregó.

—Hay un trabajo que nos enorgullece por su calidad. Describe con amenidad lo interesante y significativo del viaje. Este alumno queda exento de examen final y con máxima calificación en literatura. Pido un fuerte aplauso para Javier Guzmán.

Quedamos todos atónitos, pensamos hubo mano negra.

El siguiente mes, cuando salió publicado en la revista bimensual del colegio el relato de Javier, terminaron esas dudas. Digno de la mejor revista de viajes.

Tiempo después salió publicado en una revista turística del Estado.



La situación en varios países de Europa pasó de tensa a violenta. Gobiernos vacilante, no sabían cómo actuar. Barrios musulmanes convertidos en otra nación, no ingresaban fuerzas de seguridad, por temor de ser tachados de represivos.

Atentados de bombas, atropellamientos y acuchillamiento de transeúntes dejaron de ser noticia por lo frecuente. Los reportajes ahora era sobre los combates en amplios barrios de ciudades: París, Bruselas, Estocolmo y muchas más. Se vivía una situación, guardando las proporciones, a lo acontecido en Serbia y lo que fue Yugoslavia años atrás; según decían conocedores, con la diferencia que la Unión Europea como tal, no intervenía por estar el conflicto en casa. Dejando eso en manos principalmente de policía y seguridad local.

Había una clara falta de información. Seguían promovándose excursiones turísticas a zonas fuera de conflicto. Con frecuencia, faltando dos días para partir cancelaban vuelos.

Los grandes informativos, decían una cosa, viajeros de regreso de Europa contaban otra que callaban los medios. Un reportero, Agustín Ibañez, se leía con agrado, explicaba con claridad lo que pasaba, además describía el ambiente alrededor. Yo lo descubrí gracias a mi esposa, señalando el periódico dijo.

—Este sí dice la verdad, es lo mismo que contó mi prima que volvió hace 20 días. Léelo, de seguro de gustará.

Empecé, muy ameno a pesar de contar situaciones aterradoras de asesinatos. Entré a la página de la publicación donde colaboraba, leí varios reportajes. De pronto encontré una semejanza con el ganador del concurso escolar, hacía más de 30 años. Busqué en unos anaqueles en la casa, encontré el trabajo de Javier Guzmán. Luego de leerlo tres veces, había muchas coincidencias. El detalle del sabor de los gajos de granada; para tratar con nostalgia el sabor de

la sopa de cebolla en Francia que por la situación era difícil encontrar. La forma romántica de comentar las acequias del pueblito, con sus peces, similitud a las fuentes de parques en Europa. Muchas veces finalizaba el artículo como en el trabajo escolar: El sol desaparecía en la montaña, pronto oscurecería, hora de volver a casa. Ahora decía: Desaparecían los rayos del sol, los dos bandos, trataban de dejar plazas y avenidas, era hora de ocultarse para sobrevivir, antes de la violencia nocturna. Le comenté sobre este descubrimiento a mi esposa (ella no conoció a Javier), dijo.

—Sería una casualidad de una vez en un millón que fuera tu compañero. Aunque entiendo ponerse otro nombre, por el tono de sus escritos es un infiel que merece morir, según el Corán.

Esa noche en la televisión, entrevistaban a un militar jubilado que tuvo importantes puestos en la OTAN, sobre la falta de claridad en noticias sobre Europa. Contestaba como si estuviera en una charla de café con amigos:

—Agustín Ibáñez describe los acontecimientos como son, es un tipo muy bien informado, se juega la vida a diario. Las milicias musulmanas desean cortarle la cabeza; los socialistas progresistas a los que trata con desprecio por su tolerancia al Islam, desean fusilarlo en el acto.

Salí a la CDMX. Al entrar a un restaurante, me observa una persona, sonrío y saluda con un ademán característico, recordé quién era, ¡Javier Guzmán! Platicamos largamente en el desayuno. Al terminar secundaria, su familia se fue a otro estado y no nos vimos más. Claro, comentamos de los acontecimientos en Europa. Le dije de mis dudas sobre que él fuera Ibáñez, bajó la voz y agregó.

—Ni en broma digas eso, hasta aquí hay gente de ellos. Por simple sospecha eliminan.

Contó que estuvo una temporada en Europa, pero ya tenía varios años de no volver y como está ahora, no se antoja. Al despedirnos intercambiamos teléfonos y correo electrónico. En próxima visita a la capital nos veríamos.

Volví a casa, le conté a mi esposa el encuentro con Javier Guzmán.

—¿Aún crees sea Ibáñez?

Al tiempo que mostraba el último artículo: ¿Otra vez como 1937? Sobre los últimos acontecimientos en Barcelona, donde el gobierno de mayoría socialista es atacado por los musulmanes al grito “Alá es Grande”. Semejante a 1937 en los furiosos combates entre anarquistas y comunistas, en aquella guerra dentro de Guerra Civil Española. Leí el artículo y le dije a mi esposa.

—No, fue una confusión, recuerdos de juventud. Él vive en CDMX.

Aún recuerdo su cara de angustia y preocupación cuando insinué que era Agustín. Sigo creyendo es la misma persona, bien informado y con ese don de escribir puede hacerlo como si estuviera allá. Pero no volveré a mencionar esa duda con nadie, no deseo perjudicarlo, además defiendo lo que queda de la Civilización Occidental.

Viaje al frío

“Este relato lo recibí de un amigo, sucedió en un mundo lejano y semejante al nuestro. Me pareció interesante y lo doy a conocer”.

Habían pasado dos años desde el principio de la guerra. Jarter mi nación, tiene casi cinco millones de habitantes. La cooperación principal con nuestros aliados era en equipo militar. La zona industrial, situada al Este en el continente con tres millones de personas, la más habitada, producía para nuestros aliados: armas, municiones y motores de aviones. Además cooperábamos con 20 mil soldados en el frente a 1,200 kilómetros de nuestras ciudades. En el Oeste hay una vasta zona de islas, vivo en Darlen, 300,000 habitantes a 80 kilómetros del continente. Por la guerra es ya difícil encontrar productos como refrigeradores, máquinas de escribir, lavadoras. Pocos en la región deseaban alistarse. Se vive bien, gente amable y respetuosa, clima caluroso unos meses al año, de vez en cuando frío, vendavales, ciclones, pero las construcciones son fuertes.

Un día al llegar a casa a media mañana, mamá dijo con tono de tristeza.

—Llegó un militar, se veía de alto rango, dejó este sobre para ti.

Pensé inmediatamente: “Me mandaron a filas”. Con temor abrí el sobre que decía en letras grandes URGENTE, luego mi nombre.

Me despedí de mamá, tomé mi motoneta y salí inmediatamente a la oficina del Comandante Supremo de la Región Oeste. Mostré la carta, me llevaron ante el Comandante Regional. Después de saludarme, indicó me sentara, dijo.

—Leí su expediente, a su corta edad tiene gran experiencia en la conducción de deslizadores, no hay mucha gente así.

—Desde los 14 años, en mis días libres, acompañaba a un piloto tío mío, con el que me llevaba muy bien, me enseñó todo sobre esos aparatos. A los 18 entré a trabajar a Interislas. La compañía me envió luego a un curso de mantenimiento a la fábrica.

—¿Podrá un deslizador, viajar 10,000 kilómetros sin recargar combustible?

—Sí, hay varios modelos, sin dificultad lo harían.

—Veo que ingresó al Movimiento Imperio y Dignidad, ¿aún está allí?

—Claro, sigo activo.

—Bien, yo también pertenezco a ese grupo, prepare equipaje para un viaje de dos semanas, no olvide llevar ropa de invierno, allá es frío. De su misión dependen varias vidas. Usted elija cuál deslizador es más conveniente,

llevará un poco más de 12,000 litros de combustible que deberá entregar. Elija dos pilotos para que lo acompañen, no cualquiera conduce esos aparatos.

—¿Cuándo debemos partir?

—Si es posible hoy en la tarde, ¿pueden viajar día y noche?

—Sí, siempre y cuando no haya niebla o tormenta muy fuerte.

—Bien, aquí están las instrucciones de la primera escala, es Saltic, el línea recta serían 7,600 kilómetros. Allá surtirán el combustible que llevarán y rellenarán los tanques del deslizador, ellos les dirán dónde ir. Les deseo muy buena suerte, sólo ustedes pueden hacer ese largo viaje. Ya hablé con el director de Interislas, con gusto colaborará con nosotros.

Me dio dos sobres, uno grande con ruta de viaje y carta dirigida a autoridades de Rolfar (nuestro aliado), otro con dinero. Incluía pago de combustible cuando rellenáramos y viáticos para nuestro viaje.

Llegué a casa, mis padres se alegraron cuando supieron no me mandaban a filas. Saldría esa misma tarde a un viaje de dos semanas. Reuní mi ropa más abrigadora incluyendo el mejor cobertor de la casa que me dio mamá. Papá me llevó en automóvil con mi equipaje a los hangares de Interislas. Mi mejor amigo, compañero de Imperio y Dignidad, no podría acompañarme, su papá estaba muy grave, siendo piloto, pidió su cambio a mantenimiento para no salir de la ciudad. Así es que me acompañaron otros dos pilotos, Jarver de 22 años y Terquel de 35, con los que ya había viajado en varias ocasiones y me llevaba muy bien.

Arlina, amiga de mi hermana menor, se había ido a estudiar al continente unos años. Regresó hace tres semanas hecha una preciosidad; apenas iniciábamos una amistad, vino la inesperada salida, no tuve oportunidad de despedirme personalmente, de la oficina de Interislas le hablé por teléfono, le expliqué del viaje urgente, terminé diciendo:

—... al volver espero aceptes una invitación para ir a comer. Eres preciosa y muy agradable.

—Gracias, encantada iré. Te extrañaré, cuídate y espero que regreses con bien.

Puntuales llegaron los otros pilotos, el deslizador cargado al máximo de combustible los tanques de las alas, así como dos extras en el área de carga. Los quemadores del motor de vapor ya estaban prendidos, había suficiente presión, la turbina generaba electricidad. Prendí el potente motor eléctrico derecho, luego el izquierdo, ruedas enfrenadas. Máxima potencia al tiempo que soltaba el freno, la amplia pista de más de kilómetro y medio terminaba en la playa. Cuatrocientos metros más adelante empezó a elevarse. Antes de estar sobre el mar la nave se encontraba a cuatro metros del agua, altitud normal de viaje. Bajé la potencia de los motores a velocidad crucero, un descanso para los oídos. La nave de efecto suelo, con sus anchas alas aprovecha el colchón de aire que se forma bajo ella y se desliza sobre la superficie, con la ventaja del ahorro de combustible y un poder de carga superior en un 40% al de un avión. Naves muy usadas entre islas, transporte más barato que el avión y sin problemas de los barcos y lanchas

en lugares rocosos y arenosos. Una playa firme es el campo de aterrizaje.

Ninguno de mis acompañantes conocíamos la mítica Saltic, donde hay oro y platino. Atrayendo gambusinos, aventureros, maleantes; según novelas y películas. Desde niño había deseado conocer esa ciudad pero lejana, sin viaje directo, quedaba como una fantasía. Las 17:38 despegamos, Terquel comentó.

—Viaje histórico, será el primer vuelo a Saltic desde nuestro país sin escala, 7,533 kilómetros a 150 KPH deberíamos de llegar en unas 51 horas. Hay dos o tres islas que habrá que rodearlas, serán algo más de ocho mil kilómetros.

La nave tiene tres camarotes para la tripulación con su baño, además cuenta con 16 asientos para pasajeros con su servicio. Por seguridad cada cuatro horas cambiamos turno. En tormenta dos tripulantes van en cabina.

Pasadas 24 horas, habíamos recorrido 3,200 kilómetros, un pequeño rodeo a una isla. Manteníamos el promedio de 150 KPH. El segundo día recorrimos 3,400 kilómetros. Cada isla que pasábamos nos pedían identificación, dos aviones se acercaban, dábamos la clave, veían el escudo de Jarter y nos deseaban buena suerte.

Casi al anochecer nos tocó una tormenta fuerte, bajamos a 70 KPH, dos tripulantes en cabina. El golpe de las olas en el casco, algo frena la velocidad. Las alas van encima de la cabina ahí van situados los motores, en ocasiones llega hasta allá extremos de olas, el sonido es aterrador, la visión desde la cabina es como darnos un chapuzón. La nave anfibia estaba calculada para esos contratiempos, con

sus anchas alas, aún a 50 o 60 KPH se mantenía en el aire. Así como los aviones en turbulencia los afectan las bolsas de aire, aquí el bamboleo de las olas afectaba en un sube y baja al deslizador.

Dos horas duró la tormenta, volvimos a la velocidad de crucero. A las ocho de la mañana vimos la mítica Saltic. Nos identificamos por radio, nos esperaban, sin dificultad llegamos al aeropuerto donde recibían anfibios.

Emocionados bajamos del deslizador, temperatura 5 grados centígrados, nos habíamos puesto ropa térmica bajo el uniforme de Interislas para dar buena impresión ante los militares de Rolfar, famosos por sus impecables uniformes. Las autoridades nos recibieron muy cortésmente. El comandante nos dijo que la salida sería al día siguiente, faltaban algo del equipo que llevaríamos, llegaría en la tarde, el deslizador quedaba custodiado por la Marina. Nos aconsejaron no andar con el elegante uniforme de Interislas. Aunque Saltic es también famosa por su seguridad y eficiente policía (de otra forma no controlarían a aventureros y vividores), por peligro de espías era mejor no llamar la atención. Como huéspedes distinguidos nos trataron. A las 10:30 nos llevaron al mejor hotel, habitación y comidas corrían por la Marina. Pasarían mañana a las 7:00 por nosotros. Felices estábamos de tener todo el resto del día libre en la ciudad. ¡Qué felicidad!, además el idioma era entendible en un 80 %. En la mañana recorrimos puntos de interés. Comimos en un rico restaurante. La tarde la dejaríamos para compras.

El viento frío invitaba a compras de invierno. Recorrimos varias tiendas, conseguí una gorra calentita, bufanda y guantes. Regalo para mamá, recuerdo para papá,

claro, no podía faltar regalo para Arlina. Volver al hotel a dejar las compras. Obligado ir al Almacén del Gambusino, en varias películas y documentales sale esa tienda, mis compañeros fueron a otros sitios. Entré al inmenso almacén: Navajas, cacerolas, botas, tiendas de campaña, bandejas para “atrapar oro” en los ríos, etc. No sabía ni por dónde empezar el recorrido.

En casa, en el segundo piso, papá hizo un cuarto de juegos con resistente techo de lámina sobre estructura de acero, sin problemas ha soportado ciclones, pero es frío en invierno para disfrutar la amplia mesa con rieles para trenecito eléctrico. Encontré un calentador cilíndrico de petróleo, con la leyenda: “El preferido del explorador, sus ventanas de grueso vidrio sirven para iluminar, la parte superior apta para cocinar”, a un precio muy atractivo, lo compré, así como el tanque adicional de petróleo que incluía mechas extras, ideal para el cuarto de juegos. También adquirí un poncho confortable.

Llamó mi atención el único juguete entre aquellos objetos de uso duro, consistía en una torre, en la que unos balines de acero subían por un mecanismo de cuerda y luego caían al vacío rebotando en un plano inclinado para al final caer en un canaleta y el ciclo volvía a empezar. Al ir a pagar la dependienta con su acento de Saltic, dijo.

—Extraño que alguien compre un juguete aquí.

—Cuando niño, quise uno así, mi papá lo buscó, pero a Darlen no llegaron. Lo llevo como un compromiso con mi infancia.

—En la parte de arriba quedan como cuatro juguetes, suba y eche un vistazo. Llegaron aquí por error, en 25

años se han vendido tres. A los buscadores de oro, lo que menos les interesa es llevar juguetes a regiones inhóspitas.

Arriba, encontré un juego completo de tren eléctrico con vías, cinco carros de carga y transformador; de la misma marca que los míos; también había cuatro automóviles de cuerda en sus cajitas, sabía por papá que esos juguetes se comercializaban tiempo atrás, en mi niñez no me tocaron, ¿cuánto tendrían allí? Estaban a un precio atractivo, además eran de la marca Eternik, de gran calidad; me llevé todo. Al ir a pagar en caja, se acercó el dueño, me saludó y le dijo a un empleado algo que no escuché. Al rato llegó con una caja, incluía extensión de vías y cuatro vagones de pasajeros, diciendo el dueño.

—Un obsequio, para que no se queden aquí de huerfanito ese complemento del tren.

Di las gracias y me dijo.

—¿Llegó en barco?

—No, en deslizador. Mañana salgo.

—Imagino pagará sobrepeso, espero no sea alto.

Dijo esto viendo el cúmulo de cosas que llevaba. Agregué sonriendo.

—Espero no me cobren. Soy el piloto.

Por ser joven, me vieron con incredulidad, me despedí, salí feliz. Un empleado me llevó las compras al hotel en carretilla, distante dos cuadras.

Desayunamos a las 6:20, a las siete esperábamos en el vestíbulo, llegaron puntualmente en un vehículo, cupieron todas las compras y directo al aeropuerto.

En el salón de juntas del comandante naval nos explicaron en mapa grande a donde nos dirigiríamos. Iríamos

a un sitio cerca del círculo polar ártico, un submarino de Rolfar estaba sin combustible y sin municiones. Han improvisado una pista para deslizadores. Había efectuado una hazaña bélica, destruyó 15 de los mejores barcos del enemigo en su base en otro continente, perseguido por aviones y barcos, escapó por ruta polar. Todo hubiera salido bien, pero dos barcos nodrizas que lo reabastecerían fueron hundidos por submarinos.

Antes de las 8:00 empezó a cargarse 12,000 litros de diesel. Los tanques de las alas al máximo posible con petróleo. Además llevaríamos más de 100 cajas con comida, no todas del mismo tamaño y 20 recipientes cuadrados cada uno con 20 litros de agua dulce. Juguetes y calentador, quedaron en el compartimiento en la amplia cabina del deslizador. Las cajas de alimento abajo y sobre los asientos de pasajeros, todo esto sujeto con red. La carga que llegó ayer, eran 20 cajas larga, cada una de 110 kilogramos conteniendo cohetes, con respeto se acomodaron en el pasillo quedando todas con cuerdas fijas al piso, evitando cualquier movimiento en una tormenta. Con rapidez y precisión los marinos en menos de una hora terminaron.

Los deslizadores de carga tienen en la popa un sistema de cohetes impulsores cuando despegan muy cargados, pensé usarlos para mayor seguridad. El viaje al submarino sería de 3,348 kilómetros, en teoría a 150 KPH, en 23 horas estaríamos allá. Muy emotiva la despedida que nos dieron, éramos la esperanza de 22 hombres. Las 10:14, aceleré motores al máximo, solté el freno al tiempo que prendía los cohetes de impulso, en menos de 400 metros despegamos como si estuviera vacío, dura el impulso algo

más de un minuto. Logrando acelerar hasta 250 KPH, luego seguimos en velocidad crucero. Salimos custodiados por cuatro aviones de combate.

Doscientos kilómetros después, se despidieron los aviones. Solos en aquel mar frío quedamos. Con mucho cuidado revisábamos la ruta, no había radio faro que nos guiara. Instrucciones de no parar, en esas aguas hay submarinos enemigos. Nos tocó lluvia ligera un par de horas, llegó la noche. Dos pilotos en cabina, uno en los mandos, otro rectificando ruta ayudado por las estrellas (cuando se despejaba) y brújula. Dormía un rato, luego a cabina. A las 8:30 logramos hacer contacto radial con el submarino. ¡Uf!, que descanso, eso facilitaría mucho encontrarlo en aquella inmensidad, ni islas habíamos visto. A las 10:20 hicimos contacto visual con el submarino con binoculares. Con alegría nos saludaban cuando pasamos a su lado y examinábamos el lugar de aterrizaje. Podría el deslizador acuatizar, no era opción segura para descargar, el mar se agitaba constantemente.

La pista empezaba a dos metros del nivel del mar y tenía más de 500 metros. Esperábamos que estuviera firme, pasamos al lado en dos ocasiones, luego aterrizamos logrando enfrenar en 300 metros. Di media vuelta quedando enfrente del submarino, aunque a seis metros del nivel del mar. Aplausos de la tripulación al detenerme, como héroes nos recibieron. Como precaución, por el viento frío a cero grados, sujetamos el deslizador a tierra con cables, al quedar con menos peso podría moverse o ladearse.

El capitán nos informó de un hecho triste, dos submarinistas habían muerto. Tenían ya varios días y algunos

exploraban la isla, dos desaparecieron, se sospecha fueron atacados por osos, se encontró restos de ropa, pero los cuerpos no. En su memoria construyeron una torre de piedras, de dos metros de alto, colocaron una placa de acero con sus nombres grabados hecha en el pequeño taller a bordo.

Muchas veces había descargado combustible en las islas de mi país, así como bajar mercancía y maquinaria. Pero mis respetos por la rapidez y organización militar. Apenas les expliqué, en orden, unos bajaban las cajas con cuidado, otros conectaban mangueras, las revisaban minuciosamente, había que aumentar la seguridad en esa soledad. El sistema era sencillo y a prueba de problemas. Un compresor de aire inyectaba este en la parte de arriba, forzaba al líquido a salir más rápido por la manguera conectada debajo de los tanques, al abrir la llave. Al quedar despejados los pasillos bajaron los alimentos. Se conectó la manguera al submarino y empezó la descarga, claro, a mucho menos velocidad con que cargaron en la base.

El capitán nos invitó a conocer el submarino. En una ocasión visite uno en un puerto del continente, en verdad, creo se necesita mucho valor para ir adentro.

Una manera práctica de subir las cajas era con sistema de poleas, tipo funicular, de tierra a la nave.

¡Qué organización!, mangueras escurridas y guardadas como si salieran de la fábrica. No se bajaron 23 cajas de comida, ya no cabía adentro del submarino. En menos de tres horas quedó todo listo para que ellos partieran. Mientras cargaban, el cocinero preparó una rica comida, que se sirvió al aire libre, éramos los invitados de honor. Al terminar de comer, aproximadamente las 14:00 horas,

arreció el viento frío, las ráfagas cada vez más fuerte. El mar se agitaba, el capitán nos explicó que en la tarde se pone así, vuelve la tranquilidad en la mañana. Nos despedimos, diciendo que temprano nosotros partiríamos. Se alejaban, sin sumergirse para avanzar más rápido y en silencio, no usaron el silbato tradicional al salir, por temor que fuera a ser escuchado por enemigos.

Nevaba ligeramente. Salí a revisar los amarres, ahora con el poncho, gorro y guantes nuevos, ¡qué diferencia!, no sentía el viento frío, una delgada capa blanca cubría la pista.

Jarver tiene el don de ser un buen imitador de voces, con acento de Saltic nos dijo que deseaba tomar unas fotos al deslizador entre la nieve, además explorar alrededor, aprovechando paró de nevar. Nos reímos al escuchar su voz, ambos le recordamos que no era una buena idea, por los osos. Por respuesta nos mostró en el cinturón la funda con el confiable revólver reglamentario de oficiales del Ejército de Jarter y salió. No alcancé a decirle: ante un ataque repentino de un oso poco valdría.

Fui a cabina, me dediqué a revisar la ruta. Planes para partir tan pronto amaneciera. Terquel se encontraba afuera revisando puertas de compartimentos de carga y presión de llantas. Esperaba dos toques con la mano en el fuselaje para prender luces y revisarlas, procedimiento de rutina, y más en un viaje largo sin derecho a acuatizar para cualquier arreglo por la amenaza del enemigo. Sólo escuchaba el rumor del oleaje del mar. Un portazo de la puerta izquierda de acceso, me extrañó, Terquel es muy cuidadoso, luego gritando dijo.

—Escuché dos disparos, corrí a la popa, me pareció que llevaban a Jarver fuera de la pista, lo reconocí por el abrigo gris. Creo estaría a unos 100 metros, intentaré rescatarlo.

—Pero, ¿quién lo llevaba?

—No alcancé a distinguir si enemigos o un animal.

Con rapidez tomó su rifle, dos cargadores y salió. Me asomé por el parabrisas, Terquel iba alejándose hacia el Norte, ni señas de Jarver. Tardé en seguirlo, estaba en pantuflas.

En aquella soledad ahora blanca no vi ya a Terquel. Con rifle en mano caminé unos 100 metros, encontré la cámara de Jarver, la tomé y colgué en el cuello. Algo gravísimo pasó para que una persona cuidadosa dejara tirada su cámara. Tomé rumbo al Este, al lado contrario estaba el mar. Por más que busqué no encontré nada, pequeñas lomas, a las que me acercaba con terror, para luego no ver nada extraño. Me daba temor gritar, sería delatarme ante el enemigo. Empezó a oscurecer, sin lámpara opté por volver al deslizador.

Cerré las puertas con cerrojo, tomé el revólver que la compañía daba al capitán para una emergencia y lo puse al cinto. La cámara la dejé en el cuarto de Jarver, debidamente envuelta en un cobertor. Sin duda fue la peor noche de mi vida, superando angustias de tormentas en viajes. Dudaba en dejar prendidas luces de posición del deslizador para que ellos pudieran localizarme, pero con peligro del enemigo, opté apagar todo. Dormité por momentos, esperando llegaran en cualquier momento mis compañeros.

Desperté con luz solar, luego del desayuno emprendí la búsqueda. Llevaba rifle con dos cargadores, una soga, por si hubieran caído en un pozo, lámpara y binoculares. Tiempo ideal, sol, sin viento, la ligera nieve en la pista empezaba a derretirse. A unos doscientos metros del deslizador, encontré el rifle de Terquel, cada uno era intransferible, tenía grabado su nombre. Comprendí era un animal el que los atacó, ningún enemigo dejaría una arma de esa calidad abandonada, más adelante estaban los dos cargadores y manchas de sangre, no vi más.

Cinco días más busqué a mis compañeros, gritaba sus nombres, en ocasiones sólo el eco respondía. Volví al atardecer agotado al deslizador. Pensé estábamos en una isla, pero creo formaba parte del continente ártico.

Luego ya no pude salir a buscarlos, también terminó la oportunidad de despegar, cambió el tiempo e intensas nevadas caían. Pude haber salido antes, pero siempre me hubiera remordido la conciencia al pensar estuvieran vivos y al volver, yo ya no estuviera. La temperatura descendió a 10 bajo cero. Se enfriaba el deslizador. Eché a funcionar el calentador “Preferido del Explorador”, el mejor lugar que encontré fue el baño, bajo la regadera, sitio seguro por alguna fuga. ¡Uf, qué maravilla!, sin duda mi hada protectora me inspiró comprarlo.

Me preparé para una internada en los hielos, sería larga. Era el mes 10, me faltaba el 11, 12, 1, 2, 3 y parte del cuarto, ¿aguantaría?, también temía se dañara el deslizador. La tolva para sacar los desechos del baño del depósito, la dejé puesta en el correspondiente a mi camarote.

Tenía combustible suficiente, me propuse prender el motor de vapor cada cinco días 20 minutos, serviría para cargar baterías y calentar algo la cabina. Tres días más estaba a 18 bajo cero, el depósito del calentador duraba ocho horas, uniendo el de reserva, aumentaba once. Era latoso ir por el petróleo y echarlo con sumo cuidado al calentador, hice un arreglo, puse una manguera desde uno de los tanques de reserva; podría usar todo, quedaba otro depósito, con taladro hice un orificio al cuarto de baño desde el pasillo, por allí pasé la manguera, con una llave de paso calculé el flujo suficiente para que no dejara de funcionar y no se rebazara, ¡uf... un descanso!

Por comida no me preocupaba, las cajas para el submarino contenían variadas y ricas latas, incluso vitaminas. Tenía que preparar los alimentos sobre el calentador. Cada día era más corto, noches larguísimas. El terror me invadía, vendavales que hacían vibrar el deslizador. El rugido del mar hacía sentir que entraba el agua a la nave, afortunadamente estaba a seis metros del nivel del mar.

En aquellas noches oscuras venían a mí pensamientos terroríficos: osos atacando el deslizador, rotura de las alas por sobrepeso de la nieve y cosas peores. El recuerdo de Arlina me animaba a la esperanza de regresar.

Leía aprovechando la luz del día. En la noche escuchaba radio, noticias de la patria, de Saltic, de vez en cuando entraba Radio Rolfar. La temperatura mínima que indicaba los dos termómetros que había en la nave eran menos 20 grados. Ya tenía días indicando un poco menos, por lecturas, sabía que por esas latitudes bajaba a 40 o más bajo cero. Todas las ventanillas de pasajeros y camarotes las

cubrí con las cortinas. Con cartones tapé las de la cabina, lograba estar algo más caliente cuando prendía el motor, evitaba cualquier luz al exterior que delatara al deslizador.

Reuní un arsenal de libros, revistas y periódicos de la patria, como también de Saltic, que busqué en los camarotes de mis compañeros. Leí y releí el manual de emergencias, como piloto conocía bien los procedimientos de emergencia, usar los botes inflables, qué hacer en naufragios en islas remotas. Nada sobre una situación así. Daba un consejo que lo tuve presente todo mi estadía allí. “Si está solo, tenga sumo cuidado de no lesionarse y caminar con cuidado en lugares resbalosos. Si queda con poco o nulo movimiento le puede costar la vida”. Una caída en aquella soledad, sería fatal.

El frío estaba siempre presente, aún en el baño, tenía la ventana abierta, con la cortina corrida, para evitar se viera luz desde afuera, pero el aire corría libremente, de no ser así, el calentador empezaría a desprender humo.

En el mes doce, un día ya no pude prender el motor, no salía petróleo. Revisé la línea por si había fuga, y no vi nada extraño, de seguro la inmovilidad del petróleo con algo de humedad hizo se congelara, espero que eso fuera y no algo más grave. Parte del mar se congeló, no había viento y un silencio como nunca había escuchado ahí. Cada tres o cuatro días salía, traía nieve en cubetas, luego las ponía en el baño, tenía tres, dos para aseo, otra para tomar y preparar alimentos. Nada divertido salir con miedo, rifle al lado, apalea nieve, lo peor era cuando ventaba, pronto me enfriaba aunque andaba bien abrigado, volvía temblando. ¡Uf!, en esos momentos volver dentro de

la nave, era una dicha, sí, estaba abajo de menos 20 grados, pero sin viento.

El curso de la guerra había dado un giro a favor nuestro, indicaban las noticias, claro los combates seguían. Mi gran diversión era escuchar la radio, en la noche la estática era mínima y lograba buena sintonía.

Cómo le saqué provecho al calentador del explorador. Hasta pan logré hacer, fabricando como pude un hornito con tazones de acero inoxidable, toda la noche lo ponía sobre el calentador, en la mañana, un rico pan. Gracias a las cajas de alimento y vitaminas con las que evité escorbuto, pude sobrevivir.

Trataba de usar poco los focos interiores, cada día era más débil la iluminación. A mediados del primer mes terminó la electricidad, acumuladores agotados, castigados por el intenso frío. Adiós radio, larguísimas noches, la única luz era el calentador.

Debido a ir por nieve afuera, me dio mucha hambre, comí de más y enfermé. Creo duré dos días así, dormí mucho, no le di cuerda al reloj; perdí la cuenta en que día estaba.

Horas de monotonía, apenas me movía para hacer algo de ejercicio. Por fin, empezó a cambiar, el sol duraba más. Se fue derritiendo la nieve. Logré prender el motor de vapor, éste movió al generador (suerte que los deslizadores utilizaban motores así, si fueran diesel, con baterías agotadas no habría manera de encenderlo). ¡Qué maravilla!, electricidad, escuchar radio, saber fecha, hora y noticias. La guerra continuaba, al parecer ambos bandos estaban agotados, seguían las mismas fronteras. Centinela de la

Patria (300 habitantes y 1,200 kilómetros cuadrados), es la isla más al norte de mi país de difícil acceso para barcos, rodeada de rocas, apenas un pasillo para deslizadores y botes ligeros. Distante de donde estaba 4,200 km. Mi hogar estaría a unos 8,234 kilómetros en línea recta.

Aún faltaban tiempo para salir, aunque el mar alrededor se descongelaba había muchos icebergs de más de 4 metros de altura que movían las corrientes casi en forma continua, no podría ni evadirlos o sobrevolarlos, habría que esperar.

Subió la temperatura a 15 grados en el día. Revisar detalles, llantas con su presión y tanques de combustible sin acumulación de agua. En una de las tapas metálicas de las cajas de municiones del cañón de popa abandonada, grabé los nombres de mis compañeros, lo coloqué entre piedras ese recuerdo, al lado del otro monumento.

Llegó el día de mi partida, amaneció sin viento, quité los amarres, después de un vistazo comprobé vía libre, aceleré los motores, solté el freno, el deslizador empezó a moverse, antes de los 400 metros se elevó. Me fui a 70 KPH, velocidad baja pero segura en sustentación, para en caso de ver icebergs, evitarlos con seguridad. Cosa que pasó en varias ocasiones.

Los icebergs en mar abierto fueron disminuyendo, feliz rumbo a Centinela de la Patria. Tres horas después descubrí a lo lejos un barco, con binoculares vi era enemigo. Decidí poco a poco ir desviándome hacia la costa, en esa región el litoral es rocoso, con arrecifes y corrientes; barcos y submarinos evitan acercarse, podría encontrar un lugar para descansar.

Había viajado en solitario, pero en distancias de 400 kilómetros, nunca en un viaje así. En mar tranquilo, bajaba la velocidad luego de echar un vistazo con binoculares, podría levantarme por unos minutos para ir al baño o comer algo. Aumenté la velocidad a 150 KPH, ya no había icebergs. En ocasiones, al ver peces voladores huyendo de depredadores, delfines o ballenas retozando, había que cambiar ruta de inmediato, a cuatro metros de altura es fácil tener un accidente.

Llegó la noche, con temor encendí únicamente los faros; las luces de posición laterales apagadas. Noche oscura, sin luna y nublada, velocidad 100 KPH. Ya viajaba paralelo a la costa, a una distancia de seis kilómetros. El cansancio aumentaba, baje la velocidad a 70 KPH. La ilusión de llegar a casa, además ayudado con café, chocolate y brebajes me mantenían despierto, pero eso tiene un límite. Luego de 20 horas veía sombras. Amaneciendo vi una gran playa, según mapas era región solitaria, el acceso por mar era difícil por su costa rocosa. Jugué el riesgo, encontré un “pasillo” entre las rocas bajas que sin dificultad sobrevolé, aterrice en una playa de arena firme.

Como iba bien de combustible, dejé en mínimo el motor de vapor, y me dormí con la esperanza no me descubrieran. Día nublado, desperté a media tarde lleno de optimismo. Aceleré motores, sin problema rodó por la playa, poco más de 200 metros se elevó, di media vuelta y regresé por el mismo “pasillo”, ya en mar abierto aceleré a 150 KPH, sin perder de vista la costa.

Días de lluvia, horas de aguaceros torrenciales, avanzaba poco, al atardecer buscaba volver a la playa a dormir, maniobra que efectué en tres ocasiones sin problemas.

Al cuarto día despegué amaneciendo, a las 9:25 hice contacto radial con Centinela, una felicidad comunicarme con alguien. Asombrado el encargado de radio me dijo que repitiera mis datos, cuando le informé: “Aquí Interislas M 8 piloto Teler Arvín”. No podían creer que estaba vivo. Antes de las 12:00 horas aterrizaba en Centinela, había estado anteriormente varias veces.

¡Qué alegría!, estar otra vez con gente. El hotel me pareció súper lujoso, ¡agua caliente! Fui a la peluquería. Esa noche por radio nos comunicamos con la central de Interislas en Darlen. Más tarde la noticia se difundió que yo era el único superviviente.

Aproveché el día siguiente para descansar, comer alimentos frescos, tienen grandes invernaderos y cosechan ricas verduras. Aún me faltaban varias escalas para llegar a mi casa, pero tuve la suerte que había ahí otro piloto de Interislas; su esposa es de allí y vinieron a visitar sus familiares, ya deseaban volver, pero el servicio regular de deslizadores estaba restringido por la guerra.

Encantado se viniera conmigo, así podría hacer el viaje en línea recta, sin escalas, evitando pasar la noche en las islas: Crostel, Burritos, Mineral y Verdeazul.

Me faltaban 4,200 kilómetros a mi hogar, en 30 horas a 140 KPH deberíamos de llegar. Salimos a las 2:00, cada cuatro horas nos turnábamos.

Luego de 32 horas llegábamos a Darlen. Nunca me imaginé que me esperara tanta gente, papás, hermanos,

Arlina, amigos; pilotos, empleados, directivos de Interislas; enviado del Comando Militar y periodistas. Como un sueño era para mí haber vuelto a mi isla. Casi dos horas después, quedamos pocos, aproveché para bajar mi equipaje, regalos (que después repartiría) y juguetes. Cuando Arlina los vio exclamó.

—¿Para algún sobrinito?

—No, son para mí. Difícil de conseguir, los compré en Saltic.

—Eres un “niño” encantador.

Al día siguiente en la mañana fui al Comando Militar de Darlen. Me recibió el jefe militar como un héroe. Agradecí sus atenciones y dije.

—Deseo devolver el dinero que me dio para viáticos y combustible, no se usó, todo corrió a cuenta del gobierno de Rolfar.

Al momento de intentar darle el sobre, hizo un ademán y dijo.

—Ese dinero se entregó para ese viaje, que fue un éxito, claro, con la lamentable pérdida de compañeros, quédese con él.

Ese día en la tarde con muchísima tristeza fui a la casa de los compañeros caídos. Dividí el dinero en tres, entregué a los familiares de cada uno su parte correspondiente, además de sus pertenencias. También aproveché para darle a Renel, hermano de Jarver la cámara fotográfica.

Días después me llamó Renel, asombrado me dijo.

—Mandé revelar el rollo, sale el animal que sin duda eliminó a mi hermano y el otro compañero, saqué varias copias, te daré un juego.

Un enorme tigre de clima frío, color blanco, difícil de distinguir entre la nieve, algo impresionante. Días después salió la noticia en los periódicos incluyendo fotos.

La guerra terminó, se firmó la paz. Tantos sacrificios para terminar en un empate, siguieron las mismas fronteras, pero se respetarían ahora rutas comerciales.

Había vuelto a mi trabajo de piloto de deslizador, viajes de cuatro o cinco horas. Hacía planes para casarme.

Poco a poco se ha ido normalizando la llegada de productos alimenticios y ropa. Artefactos, motos y automóviles, aún son escasos pero están llegando a precios razonables.

Seis meses después, Arlina y yo nos casamos. Tenemos casa (que estamos pagando), logramos obtener un vehículo de tres ruedas, qué lujo es ir ahora de compras o salir cuando llueve. La motoneta la sigo conservando para días sin lluvia.

Llegó la época del frío, vientos helados para estas latitudes azotaban la ciudad. Días que volvía a casa de mis padres, Arlina me acompañaba al cuarto de los trenes como le llamábamos, el juego de los balines brincando funcionaba a la perfección, al igual todos los trencitos y cochecitos. Volvía a la acción el calentador del explorador,

La situación económica mejoró, mucho movimiento de viajeros. Los productos ya no escaseaban. Con el auge empezó a rondar la idea en diarios y revistas de organizar una excursión para buscar al escurridizo tigre, también hacer un monumento en forma a los caídos en ese inhóspito sitio.

Casi tres años después de haber emprendido el viaje a Saltic, la expedición para ir a buscar aquel lugar estaba

lista, claro, el piloto escogido fui yo. En verdad no deseaba volver a ese lugar, había nacido nuestro hijo, pero las presiones fueron muchas: Ejército, Interislas y medios de comunicación. También nos acompañarían dos tripulantes de aquel submarino. Claro, ahora el viaje sería más rápido. Salimos en el mismo deslizador, que había recibido un detallado mantenimiento, cambiando cualquier parte deteriorada o sospechosa. Pintado con esmero, quedando como nuevo. Tres tripulantes, once pasajeros y mucho equipo, la expedición duraría tiempo allá.

Los 8,234 kilómetros los recorrimos en algo más de cuatro días y medio, a un promedio de 100 KPH, nos tocó buen tiempo y nos turnábamos los tres tripulantes. Hicimos una escala en Centinela de la Patria para reabastecernos de combustible, pocos pasajeros habían estado en ese remoto lugar. Tratamos de llegar a las cercanías de aquel sitio en la mañana, para así buscar aquel lugar. En dos horas lo encontramos.

Aterrizamos en el mismo lugar. Amarrar el deslizador y bajar todo el equipo, poner carpas. Al día siguiente empezó la construcción del monumento conmemorativo. Se optó por respetar el anterior, aún estaba casi intacto con sus placas y hacer otro en un sitio más protegido, éste contaría una breve explicación por qué llegaron ahí.

Había planes para una base en esas tierras y declararlas parte de Rolfar y de Jarther. Un barco con más equipo llegaría en unos días guiado por radiofaro. Llevaría un avión ligero desarmado, con el cual explorarían.

A los tres días, lo único que deseábamos los pilotos del deslizador era volver a casa. En una tarde sin viento emprendimos el regreso.

No pude evitar recordar las angustias en aquel “viaje al frío”. Ahora disfruto mucho más la vida, la alegría de estar con Arlina y el bebé. Mi trabajo como piloto de Interislas es para mí un placer.

ÍNDICE

Misma sintonía	9
Calma chicha	15
Desaparecidos	21
Las pinturas	25
Juguetes	29
Baja intensidad	35
Inverosímil	39
Ocotrol	43
Charrasqueado	51
Gratis	55
Infección	63
Fuente de poder	67
Guardián del jardín	71
Señuelo	75
Reselástico	81
Pensé era el viento, nada más	85
Festival literario	93
Proyección	97
Elasmóvil	103
Atentado	107
De enfermedades	115
Inconformes	121
Monstruo de la normalidad	129
Reportero de guerra	133
Viaje al frío	139



Misma sintonía y 24 cuentos más
Juan Guerrero Zorrilla

Este libro se terminó de imprimir
el 27 de febrero de 2019,
se utilizó tipo de letra de la familia
Adobe Caslon Pro en 12 y 14 puntos.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.



Misma sintonía y 24 cuentos más de Juan Guerrero Zorrilla, como en sus libros anteriores, abarcan diferentes tipos de temas: Inventos, fantasía, policíacos, alienígenas, telequinesis, catástrofes aéreas, juguetes de origen desconocido, vehículo sin necesidad de recargar combustible y se desplaza “gratis”, casas y edificios a prueba de ciclones y terremotos, de animal desconocido, mundos paralelos, etc.

Claro, no podrían faltar historias de amor como en *Misma sintonía*, *Juguetes* y algunos más.

Total, 25 relatos, insólitos, finales sorprendentes, aventuras. Seguro no se aburrirá de leerlos.